AÑO VIII Número 5.610
Número suelto · 20 Francos
Un semestre . 500 »
Extranjero : 700 »
TOULOUSE

EL SOCIALISTA

FUNDADOR : PABLO IGLESIAS

JUEVES 3 ABRIL 1952

ORGANO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y PORTAVOZ DE LA U. G. T.

Los fariseos

Sensibilidad bien administrada

EL asalto a una capilla protestante de Sevilla, perpetrado por un grupo de arrojados señoritos franquistas de los de yugo y flechas, de los de *¡arriba España!* y *¡abajo la inteligencia!* que profirió el manco matamoros que tiene el franquismo como contrapartida del manco de Lepanto que escribió el «Quijote», ha suscitado una viva protesta internacional de gentes a las cuales parecen escocerles como en carne propia los palos que en Sevilla recibieron el pastor y los fieles presentes en la capilla profanada. Inmediatamente un clamor de justa cólera ha conmovido a la mitad del mundo cristiano. La mitad, decimos, porque la otra mitad, la mitad católica, aprueba tácitamente, con secreto regocijo, el celo de los asaltantes. No en balde es la Iglesia católica el sostén más firme y constante que, dentro y fuera de España, tiene Franco. Los católicos son los que en EE.UU., amparados en la libertad que Franco les niega a los protestantes, piden con más ahinco dineros y ayudas para el dictador, actitud que se guardarían muy bien de mantener si no obedeciera a instancias de los altos jerarcas de la Iglesia católica española. Franco y la Iglesia católica —con escándalo y espanto de muchos católicos, confesémoslo— son una misma cosa. De otro modo ¿cómo podría Franco haber sido puesto bajo palio, sin que el Papa, que sepamos, haya condenado tan torpe sacrilegio? Pero eso no impide que las amargas quejas de los protestantes y librepensadores de todo el mundo hayan encontrado en esta ocasión eco dentro de España, al revés de lo que aconteció con las peticiones de indulto en favor de los cinco desgraciados fusilados en Barcelona. ¡Lo que hace el dinero! Algunos periódicos franquistas, pasándose de cándidos, se dolían del flaco servicio que los señoritos de Sevilla le habían prestado al régimen. «Creerán —decían— haber hecho una hombrada, pero lo único que han conseguido es dar lugar a que se desencadene contra nosotros una campaña de descrédito cuando más daño puede hacernos». Ahí duele. No es el atentado a la libertad de creencias lo que se lamenta, ni siquiera la barbarie en los procedimientos, innatos, por otra parte, al régimen franquista, sino la inoportunidad del suceso. «Ahora, cuando estamos esperando a los mensajeros de Mr. Truman que vienen a llenarnos la alcuza vacía, ¿nos salen estos locos con semejantes travesuras?» Esa es la traducción exacta de los llantos retóricos en prosa falangista. Y tienen razón los asustadizos. Cuando Mr. Truman acaba de hacer alusión a la falta de libertad religiosa en España como uno de los principales escollos que estorban el acercamiento sincero al Gobierno del Caudillo, y cuando conviene dar la sensación de que en España todas las libertades —excepto la de ser libre— son permitidas, esos botarates de Sevilla, con su chiquillada, vienen a comprometerlo todo. ¡Hasta los dólares podrían estar en peligro! Por una vez, seremos nosotros quienes tranquilicemos a los franquistas: pese a los desafueros de Sevilla, no faltará el aceite protestante norteamericano en la alcuza católica del franquismo.

Hace un par de años aproximadamente, era la mitad católica la que ponía el grito en el cielo por el encarcelamiento de un cardenal, convicto y confeso de especulaciones nada edificantes, en Hungría. De un confín a otro del mundo corrió la indignada protesta. Una especie de cruzada santa se organizó en favor del cardenal. Del corazón sangrante del Papa brotaron los más duros anatemas contra los martirizadores del purpurado y contra el totalitarismo... comunista. Pero ni los que entonces se rasgaban las vestiduras por la prisión de un cardenal, delincuente confeso, ni los que se las rasgan ahora por el asalto a una capilla protestante, ni el Papa, por supuesto, han solido dar la menor señal de conmiseración por los innumerables asesinatos perpetrados por Franco y sus sayones, en un simulacro vil de justicia legal, ni por los cientos de miles de infelices a quienes en España se encarcela, maltrata y persigue sañudamente, negándoles el pan y la sal, sin otro motivo que el de sus opiniones políticas. ¿Será que todos esos desventurados no son hijos de Dios en la estimación de los creyentes? Algo de eso debe haber cuand el Santo Padre los olvida en sus oraciones y la grey católica aplaude, estimula y protege a su verdugo. Es verdad que muchas de las víctimas de Franco estaban fuera del dogma católico, más que por ateísmo filosófico, porque la fe se les había muerto ante el ejemplo de los dignatarios que deshonran con sus concupiscencias y vicios, servidores venales y cínicos del César, las vestiduras eclesiásticas. Pero ¿tampoco eran hijos de Dios los sacerdotes vascos fusilados por Franco, irreprochables por su virtud, loables por su devoción, admirables por su caridad? ¿Cómo explicarnos la indiferencia católica ante el dolor, su insensibilidad ante el crimen, su inhibición ante el atropello? De su gravísima responsabilidad moral frente a la historia solamente se salvarán las voces aisladas y generosas que hoy condenan la dictadura de Franco y repudian su barbarie como negación que es de todos los principios en que el cristianismo dice inspirarse. ¿De qué derechos goza el ciudadano en la España de Franco? El asalto a la capilla evangelista de Sevilla no es más que un incidente, y de los menos transcendentes, en el capítulo de los atentados y ultrajes a la personalidad humana. Ahora mismo —lo denunciábamos hace una semana e insistiremos en el tema cuantas veces sea menester—, calientes aún los cuerpos de los ajusticiados de Barcelona, se prepara ya el banquillo para otros candidatos forzosos al cadalso y los esbirros de Franco andan atrapando sospechosos en Madrid y provincias. Sospechosos, se sobrentiende, de animadversión al Caudillo, sentimiento del que participan el 95 por 100 de los españoles. En la España actual, donde el asesinato por robo se castiga mucho menos que el reparto de una hoja clandestina, no hay delito peor que el de ser desafecto al Caudillo ungido por la gracia de Dios. Mas, siendo tan penosa para quien la padece la privación arbitraria de libertad, hay algo que el ciudadano español teme mucho más. Es la sevicia de los polizontes. Las almas bondadosas que tanto se acongojan por la prisión de un detenido cuando ese detenido es cardenal, no saben —y si lo saben no parece importarles demasiado— lo que es el interrogatorio soez, el acoso atroz ejercido por unos miserables de traza siniestra, graduados en todas las artes de la infamia, para mortificar al preso y reducirle a confesión. Esa es la antesala de la tortura, de la que todavía saben menos las almas bondadosas que aclaman a Franco. A los insultos suceden las palizas, y tras las palizas vienen los procedimientos refinados de persuasión, tales como el de quemarles los pechos a las mujeres y el de retorcerles las partes viriles a los hombres. Si hablaran las comisarías de policía de toda España y, sobre todo, si tuvieran voz los sótanos de la Dirección General de Seguridad de Madrid, ¡qué crónica tan instructiva podría escribirse! Pero no hablan. Por fortuna para las almas bondadosas, acendradamente cristianas y católicas, no hablan. Y cuando hablan los que han sufrido en carne viva la experiencia, se les llama impostores. La verdad, cuando es horrenda, turba mucho las conciencias bien administradas y no conviene que se divulgue.

Pero alguien, a pesar de ser sangrienta, o precisamente por serlo, tendrá que pregonarla. Y ¿quién más autorizado para hacerlo que cuantos llevamos esa verdad grabada en carne viva? Mientras nos quede una tribuna para hablar y una hoja de papel para imprimir nuestro pensamiento, gritaremos ante la conciencia del mundo liberal, cristiano o ateo, la vergüenza de un régimen atávico que hace mofa de los Derechos del Hombre y ofrece a los españoles, en cambio, los derechos del hambre. Hambre de pan y hambre de justicia. Ahora es ocasión propicia para ello. En España se acrecienta el terror. El pulpo policíaco extiende sus tentáculos, succiona la vida del país. Que los Gobiernos hagan pactos y componendas. Levantemos nosotros contra el terror y la ignominia franquista el pregón de los hombres libres. Los que a toda hora atruenan los espacios con sus jeremiadas contra la bestialidad comunista, tendrán que acompañarnos, o habrán descubierto —revalidado, mejor dicho— su condición de fariseos.

Cruz y raya

NO HAY SUPLICA QUE VALGA

Viena (SIS). — Las autoridades soviéticas de ocupación han prohibido en su zona y en su sector de Viena el cartel publicado por los Sindicatos austríacos reclamando la conclusión de un tratado de paz. Este cartel representaba dos manos encadenadas tendidas en gesto de súplica.

VALE MAS

«La estrategia del Pentágono ha podido imponer al Departamento de Estado negociaciones para la obtención de bases en la Península. Pero la condenación solemne de su régimen formulada por la Asamblea de las Naciones Unidas en 1946 continúa en vigor.»

(«Daniel Mayer, en «Le Populaire», París, 15-3-52.)

RECUERDO

Cuando los yanquis, antes de entrar en la guerra última, cedieron unos destructores a los ingleses, dijo Franco «que Estados Unidos, como Inglaterra, eran plutocracias podridas, depósitos de fétido liberalismo que **era necesario aniquilar.**»

Nada más ni nada menos. ¡Adiós, Mr. Truman!

PERO FALTA EL «CLAVO»

Conmemorando el 225 aniversario de la muerte de Newton, Radio Moscú ha difundido una charla del profesor soviético Kudryavtsev en el curso de la cual éste ha afirmado que el gran sabio inglés no supo nunca lo que es la pesantez; que fué por error como el matemático inglés Roges Cotes le atribuyó el establecimiento de la ley de la gravitación universal y que todo el ruido hecho alrededor de Newton y de la famosa manzana no son más que obra de idealistas y reaccionarios.

A la noticia que nos transmite estas novedades le falta un complemento: el nombre del sabio bolchevique que, bajo la égida de los manes de Stalin, y un par de siglos antes de que éste hubiera sido engendrado, haya formulado aquel principio científico que tanto ha valido para el progreso del género humano. ¿Estarán todavía en averiguaciones genealógicas para «dar en el clavo»?.

BUSCANDO A LA JUVENTUD

Una frase:

«Hoy —y así ocurrió sin duda en todos los tiempos—, nuestros hijos amados desean jugar a la guerra. Lo que hay de más hermoso en el mundo es combatir con las armas en la mano por su patria.»

Otra:

«No hay espectáculo más bello que el de un alemán muerto.»

Se encuentran parrafadas de éstas en un libro titulado «Héroes rusos», de Sergio Michalkov, publicado por las Edicones de Moscú con destino a los jóvenes. Podía haber sido destinado igualmente a los «partidarios de la paz».

Coincidencias

Ante el peligro de guerra

Por Indalecio Prieto

¿SERA, al fin, el general Eisenhower candidato del partido republicano a la Presidencia de los Estados Unidos? ¿Lo será por el partido demócrata Mr. Truman? Al margen de esas dos incógnitas hay un tercer candidato seguro del que nadie habla: Mr. Norman Thomas, quien invariablemente viene siéndolo en todas las elecciones presidenciales desde 1928.

Thomas, formado espiritualmente en el Seminario Teológico Unionista, abandonó el sacerdocio para consagrarse al socialismo creyendo encontrar en éste la mejor teología ascética, y desde hace años es jefe del partido socialista norteamericano, agrupación que no ha conseguido fuerte arraigo popular y la cual, desligadísima de los dos grandes conglomerados políticos que allí manejan la gobernación, presenta candidatura propia cada vez que ha de renovarse el Poder Ejecutivo, sin otras aspiraciones ni consecuencias que adscribir al nombre de Thomas, en un recuerdo instrascendental, varios millares de votos, cifra insignificante comparada con los millones de sufragios que son necesarios para ocupar la Casa Blanca.

Este enorme distanciamiento del Poder permite a Norman Thomas expresarse con absoluta pureza ideológica, pues ninguna de sus afirmaciones habrá de originarle conflictos por disponerse a cumplir desde el Gobierno, siempre tan lleno de dificultades, lo ofrecido durante la propaganda electoral.

En este aspecto habría sido caso ejemplar el del Labour Party en Inglaterra si tras las elecciones de 1945 hubiera hecho algo efectivo, y en su mano estaba hacerlo, para derrocar a Franco, según prometiera. Cumplió, sí, sus promesas sobre independencia de la India y nacionalización del Banco de Inglaterra, los transportes y algunas grandes industrias, pero olvidó aquella otra del «votar por Churchill equivale a votar por Franco». Los demócratas españoles quedamos, poco más o menos, como si los ingleses hubieran otorgado la mayoría a Winston Churchill y no a Clement Attlee.

La verdad sea dicha, no acertamos a descubrir ninguna dificultad con que los laboristas tropezaran para dar cumplimiento a tal promesa. Infinitamente más difíciles eran las otras, y las cumplieron. Acaso recelaron que Washington no les secundase e inclusive pretendiera aprovecharse de la situación para obtener ventajas de diverso orden en España. Si así fué, se equivocaron porque Inglaterra, con Francia entonces muy decidida, se habría bastado para derribar a Franco, y sin Franco, fuese cual fuese el régimen sustituto, Washington no habría obtenido ni sombra de cuanto ahora está obteniendo.

Idealismos y realidades —

MAS volvamos a Norman Thomas, de quien días atrás leímos un extenso trabajo titulado «Ante el peligro — Nuestra única esperanza de paz», trabajo indudablemente escrito antes de clausurarse la Asamblea general de las Naciones Unidas de París, pues el patriarca de los socialistas norteamericanos se abstiene de recoger la última propuesta de Vichinsky sobre las armas atómicas, que colocó a Rusia en posición dialéctica muy superior a la de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, alabada por Thomas.

Este llega a conclusiones clásicamente socialistas para el desarme mundial y consiguientemente para la paz efectiva: primera, absoluta liquidación no solo de las armas atómicas, sino de todas aquellas capaces de causar destrucciones en masa; segunda, reducción general de las fuerzas armadas dentro de cada nación hasta limitarlas a una gendarmería encargada de guardar el orden; tercera, desmilitarización de islas estratégicas y estrechos marítimos, y cuarta, abolición del servicio militar y de la instrucción militar obligatorios.

Tales conclusiones, coronadas por la aspiración de «un Gobierno federal mundial que sustituya la guerra por la ley», retratan a un ideólogo aferrado a verdades sustanciales pero irrealizables de momento, por lo cual, aunque las suscribamos enteramente, no las subrayaremos a causa de faltarles novedad. Nos interesan en el estudio de Norman Thomas ciertas observaciones más reales por ser más actuales.

«Hay en Washington —escribe— una tendencia encaminada a hacernos creer que si durante los primeros veinte o treinta años resistimos la tensión de nervios y el sacrificio económico necesario para mantener nuestra supremacía en la carrera de armamentos, se lograría la «estabilidad», seguida de un aflojamiento en la presión; pero difícilmente cabe ilusión más peligrosa». Luego dice: «Nosotros no podemos enlazar nuestra economía de guerra o de preparación para la guerra sin alentar el crecimiento del militarismo... Nuestra actual absorción de todas las actividades y nuestra precaria e inflacionaria prosperidad son consecuencia de los gastos ocasionados por la guerra primero y por el rearme después. Tan notoriamente es la nuestra una economía bélica que en realidad todo debate acerca de la empresa libre, del socialismo o de cualquier otro sistema como apto para la paz, está desplazado. Millones de americanos, a pesar de sus esperanzas, han hecho inversiones en la inútil economía creada por la carrera de armamentos. El fin de ésta sería saludado con efusiones de júbilo, pero seguidas de enorme pánico económico, a menos de hallarnos preparados, con amplios planes constructivos, para una lucha colectiva contra el hambre, la incultura y las enfermedades».

Sufren demencia quienes supongan que la actual tensión económica y psicológica dure treinta ni veinte años. El estallido sobrevendría antes. La táctica diabólica de Stalin empuja a sus adversarios hacia el borde de la ruina económica.

Alguna otra vez hubimos de anotar cómo las cifras gigantescas de divisiones motorizadas y sin motorizar, aviones, tanques y submarinos atribuídas a Rusia, y las cuales sobrecogen a la opinión occidental, jamás salieron de la propaganda soviética, sino que se alegaron desde los Parlamentos y la prensa de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Por el contrario, ahora en Nueva York y apenas la flamante Comisión del Desarme ha empezado a actuar —mejor diríamos a parlotear—, el representante ruso afirmó que las fuerzas militares de los países alineados contra la URSS son muy superiores a las de ésta y sus satélites. Ignoramos lo que sobre el particular dirán esas emisoras radiofónicas flotantes que Norteamérica empieza a echar al agua, esos barcos con cargamentos de semiverdades que deben acercarse, para ser bien oídos, a costas enemigas y mediante los cuales se complementa el sistema de lanzar globitos con mensajes de propaganda desde zonas fronterizas de Europa, sistema que nos recuerda otro infantil, también de propaganda, discurrido por un comercio madrileño que, regalando globitos los jueves, conseguía que multitud de niños, ilusionados con el regalo, pasearan por las calles el anuncio «Almacenes Rodríguez», pintado sobre la goma de balones multicolores.

Perderá la guerra quien la desate —

«NINGUNA nación — asegura mi ilustre amigo y correligionario Norman Thomas— puede soportar indefinidamente una carrera de armamentos sin el emocional apoyo del temor y del odio, y estas pasiones producen una tensión que desemboca en la violencia. Al cabo de un largo período de tensión, puede estallar una guerra sin deliberado propósito por parte de nadie».

Y a la inversa —acoto yo— una carrera de armamentos puede suscitar temores y odios, que ahora mismo se fomentan deliberadamente para justificar el rearme. Además, la absorción acumulativa de géneros alimenticios y materias primas en reserva, aconsejada por el temor, ocasiona carestías que agobian a las masas populares de muchas naciones. Los Estados Unidos, con sus colosales almacenamientos, encarecen la vida en el resto de América y en Europa. Ejemplos típicos de semejante fenómeno son Méjico en América y Gran Bretaña en Europa.

Hay otros pasajes de Norman Thomas que tienen para nosotros más interés aún. Son los siguientes:

«Tan seguros están algunos norteamericanos de que nos es imposible soportar indefinidamente la carrera de armamen-

(Termina en la tercera pág.)

Nada de apoyos al dictador Franco

"La ayuda al actual régimen español es un latigazo y una traición a todos los norteamericanos que han proclamado creer"

Resolución adoptada por unanimidad por el Comité Ejecutivo nacional del Partido Socialista de los Estados Unidos

En una época en que una gran lucha tiene lugar en el mundo entre una imperfecta democracia y las fuerzas de expansión del totalitarismo soviético, lucha en la que el Partido Socialista de los Estados Unidos, con los socialistas de todo el mundo, se ha colocado al lado de la democracia, la política norteamericana de ayuda militar al actual régimen español es un latigazo y una traición a todo lo que los norteamericanos han proclamado creer.

Acoplado, como lo está, mediante una previa ayuda económica, el régimen fascista de Franco, el programa de rearme, es una burla de la política oficial de Norteamérica encaminada a proteger la democracia contra la embestida del totalitarismo.

De hecho, al apuntalar y afirmar un régimen fascista, enemigo no solamente de su propio pueblo, sino de todos los que creen en la libertad y en la democracia, la política de ayuda a la España fascista contribuye a justificar las propagandas anti-americanas de los comunistas de todo el mundo, al mismo tiempo que consolida las fuerzas tambaleantes de la reacción dentro de España misma.

Esa política tiende a debilitar la confianza de los socialistas y de las fuerzas obreras de Europa y de Asia, con las que el mundo debe necesariamente contar en la batalla contra el comunismo, y vicia los fundamentos morales sobre los que debe descansar la petición de ayuda de la democracia frente a las pretensiones stalinianas.

¿Puede caber alguna duda de que la ayuda militar y económica de los EE.UU. a España, cuyo resultado sería robustecer la sangrienta dictadura de Franco, implicaría un repudio total de las declaraciones norteamericanas de apoyo a la democracia contra el totalitarismo?

Para el mundo entero, Franco sigue siendo el símbolo viviente del régimen que bajo Hitler y Mussolini hizo del fascismo la expresión suprema del anti-humanismo totalitario. Fué con ayuda de los dictadores fascistas como Franco arrojó de España a la democracia, aplastó a la República española y ahogó en sangre al gobierno popular.

Ni entonces ni después ha hecho Franco secreto de su desprecio por la democracia y su simpatía por Hitler y sus aliados. Durante la segunda guerra mundial sus tropas, la División Azul, cuyo jefe conferencia ahora con los jefes militares norteamericanos, lucharon al lado de los ejércitos de Hitler.

Los trabajadores de Francia y de Inglaterra, convencidos de la naturaleza totalitaria del régimen de Franco, han puesto a prueba su buena voluntad para ayudar a los trabajadores españoles en apoyo de su República y han expresado, junto con los trabajadores de Norteamérica y con nuestro propio Gobierno, su aversión por todo lo que Franco representa.

EL ENEMIGO DE LA DEMOCRACIA

Todos los trabajadores como las fuerzas liberales y progresivas del mundo entero saben que la lucha por la democracia, la libertad y el Socialismo está unida a la de sus camaradas españoles, y que Franco es enemigo no solamente de los trabajadores españoles y del pueblo español, sino de todos los que creen en la libertad y en la democracia, dondequiera que existan.

Muchas facetas de la política norteamericana han causado ya inquietud y temor en los trabajadores de todo el mundo libre. La adopción de una política de reforzamiento del régimen de Franco debilitaría gravemente la confianza de los demócratas y liberales de todo el mundo en la sinceridad de la declaración de principios democráticos de Estados Unidos.

Al ganar un dudoso, poco eficaz y notoriamente antidemócrata aliado en la lucha contra el comunismo totalitario, los Estados Unidos correrían el peligro de perder otros aliados cuya devoción a la libertad y a la democracia, y cuya oposición a todas las formas del totalitarismo no pueden ser desdeñadas a la ligera por ningún Gobierno que diga creer en los principios democráticos.

No es solamente en la política extranjera en donde la política de EE.UU. respecto a la España fascista tiene significativas repercusiones. Los mismos elementos reaccionarios que en nuestro país han obstaculizado la ayuda a las naciones del extranjero que tratan de hallar soluciones democráticas a los problemas de la postguerra son los más entusiastas defensores de la última orientación del Gobierno norteamericano.

La lucha contra el fascismo, contra el comunismo y contra la reacción debe ser continua y formar un solo bloque. La política norteamericana hacia España, no importa lo buenas que puedan ser las intenciones de algunos de sus defensores, sirve solamente para reforzar a la reacción dentro de los EE.UU. y en el extranjero y para debilitar la lucha por la libertad, por la democracia y por los derechos humanos, a la que los hombres libres de todo el mundo deben consagrarse sin descanso.

Otro aspecto de la lucha mundial contra el totalitarismo, en la que se supone que la ayuda a Franco puede ser admisible, merece la atención de todos los amantes de la democracia. Los Estados Unidos se han incorporado a un movimiento mundial para apoyar la fuerza de las naciones que se hallan amenazadas por la expansión imperialista de Rusia.

Esa acción exige una gran ayuda norteamericana con el fin de asegurar en la Europa occidental unos medios de defensa que disuadan a los Soviets de lanzarse a una agresión, o suministre elementos para contenerla antes de que las naciones de Europa occidental hayan sido invadidas y las fuerzas de la democracia —y, desde luego, del Socialismo— hayan sido despiadadamente exterminadas.

ALIADOS REPUDIABLES

El acuerdo militar con España solamente puede tener un significado para las naciones de la esfera democrática: el rearme español, que únicamente puede hacerse mediante la ayuda norteamericana y a costa de disminuir la que corresponde a los pueblos que se hallan en la ruta del peligro, indica que nuestra nación no está preparada para sostener las promesas que les ha hecho.

Lo que este programa significa para ellos es que los EE.UU. están dispuestos a abandonar, tal vez con la esperanza de una posible reconquista posterior, precisamente a aquellos pueblos de Europa que se mostraron más resueltos en su lucha por la democracia.

No es difícil comprender el desánimo que la reciente política norteamericana hacia España ha producido en toda Europa, especialmente entre los más ardientes defensores de la política de oposición al totalitarismo ruso.

El argumento de que, a pesar de todo, las necesidades militares para la defensa del mundo libre contra el totalitarismo exigen nuestra aceptación del «mal menor» de una alianza con Franco, ha ganado a cierto número de los que hasta ahora se oponían a toda ayuda al verdugo de España. Sin embargo, los que reconocían toda ayuda militar a Franco están en lo cierto, según el propio testimonio de los técnicos militares, requeridos por los defensores de la nueva política.

Los técnicos militares convienen en que el valor de las bases españolas es, por lo menos, dudoso; acondicionarlas para hacerlas utilizables requeriría el gasto de grandes cantidades de dinero y el empleo de materiales militares, ya no muy abundantes destinados a las naciones de la órbita democrática.

Convertir el ejército español en una fuerza combativa utilizable fuera de la península ibérica requeriría no solamente un reequipamiento y una reorganización muy costosos —que únicamente podría lograrse en detrimento de las fuerzas de las naciones opuestas a la expansión comunista—, sino que exigiría la entera reconstrucción de los ferrocarriles españoles, de distinto ancho de vía que los europeos, y de la red de carreteras. El costo de un programa tal sería fantástico e ilusorio en todos los órdenes como lo comprende, cada vez más, el Gobierno norteamericano.

Las autoridades militares españolas están convencidas de la imposibilidad de transformar el ejército de Franco en una fuerza combativa moderna, pero ansían reforzar el actual ejército para hacer de él un instrumento más efectivo en la represión de manifestaciones populares de protesta contra la dictadura fascista. El descontento en el ejército, apoyado en un extenso descontento en el pueblo, representa una seria amenaza interna para la seguridad del régimen de Franco.

Consolidar el ejército español es simplemente una manera de apuntalar el régimen fascista; daríamos a Franco unos medios más eficaces para sofocar el descontento y, al mismo tiempo, demostraríamos al pueblo español que estamos al lado de Franco y contra sus aspiraciones democráticas.

Por estas razones, y especialmente porque la ayuda a Franco significa una traición a la causa en cuyo nombre tal ayuda, por paradoja, se concede, nosotros, los socialistas, nos oponemos a la política de asistencia al régimen de Franco e invitamos al pueblo de EE.UU. a denunciar y repudiar esta política de nuestro Gobierno.

Esta acusación que formulamos contra la política del Gobierno subraya la incesante y nefasta sumisión de la política interior y exterior a las exigencias de los militares, cada vez más firmemente atrincherados en posiciones dominantes en la vida norteamericana.

Las protestas de fe de Mr. Truman respecto a la supremacía del poder civil pierden fuerza frente a su continuo abandono de autoridad y de dirección de la política en favor de los representantes de nuestras instituciones militares; exactamente lo mismo que su declaración pública de aversión hacia Franco y hacia lo que Franco representa está negada de una manera terminante por su actual propósito de dar a Franco cuanto necesite para reforzar su ejército y su sanguinaria dictadura que ahoga la vida y esperanzas del pueblo español.

El Partido Socialista de los Estados Unidos expresa su resuelta oposición contra esa política e invita a todos los hombres liberales y progresistas, particularmente a la clase obrera, a movilizar la resistencia contra el programa de ayuda al totalitarismo.

EL PSOE Y LA UGT DE DUELO

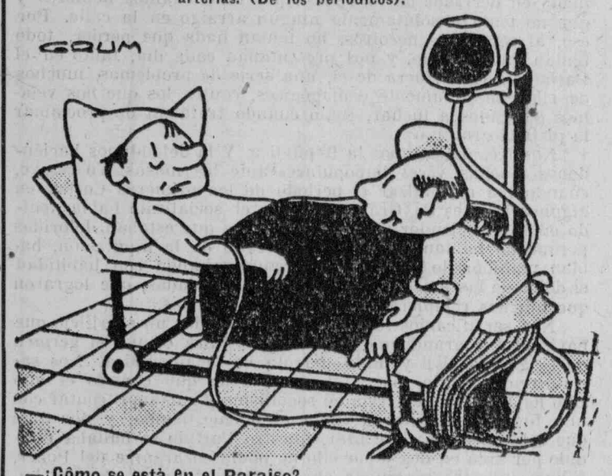
Ha muerto Rafael Fraile

Cuando este número estaba ya compaginándose nos llega un cable firmado por Indalecio Prieto dándonos cuenta de que el lunes, a las cuatro de la tarde, hora de Méjico, falleció el doctor Rafael Fraile, rodeado de su hermana doña Elvira, viuda de Cánovas del Castillo y su sobrino Rafael Canovas del Castillo y Fraile, llegados en avión desde Madrid el pasado día 24 de marzo, sus compañeros de Consultorio, nuestro compañero Indalecio Prieto y sus hijas Blanca y Concha, a cuyo domicilio, como se sabe, había sido trasladado Fraile después de la operación que le fué practicada en el Sanatorio Español por el doctor Jacinto Segovia.

La noticia, desgraciadamente, no nos ha sorprendido, porque conocíamos el verdadero estado de Rafael Fraile y abrigábamos muy escasas esperanzas de que pudiera salvarse su vida. No por eso nos ha dolido menos, y no hay exageración en decir que escribimos estas pocas líneas con el ánimo transido de pena. Con Rafael Fraile desaparece, aparte sus excepcionales méritos científicos, uno de los hombres más nobles y más puros que haya sido posible conocer. Imposibilitados para hacerlo ahora, en el próximo número le rendiremos más extenso homenaje.

Al tener conocimiento de la infausta nueva, las Comisiones Ejecutivas del PSOE y de la UGT enviaron a nuestro compañero Indalecio Prieto un cable expresando su sentimiento y rogándole lo haga saber a los familiares, a la Agrupación Socialista y a la UGT, Sección de Méjico.

Un profesor ruso resucita a un hombre, seis horas después de muerto, inyectándole sangre en las arterias. (De los periódicos).



—¿Cómo se está en el Paraíso?
—Casi tan bien como en el paraíso soviético.

(«Force Ouvrière», París)

EN MEJICO: "Sigamos como somos: socialistas españoles, para poder mañana, no importa cuàndo, vindicar a España"

Discurso pronunciado por Luis Jiménez de Asùa el 8 de marzo de 1952

Nuestro compañero Luis Jiménez de Asùa acaba de desarrollar en la Universidad de Méjico un cursillo de conferencias que ha constituído un rotundo éxito y ha robustecido todavía más el sólido prestigio intelectual de que goza Jiménez de Asùa en la repùblica mejicana. Aprovechando su estancia en la capital de la misma, la Agrupación Socialista Española ofreció a Jiménez de Asùa una cena que se celebró la noche del día 8 del mes de marzo próximo pasado y a la que asistieron cerca de doscientos comensales. Hizo el ofrecimiento del agasajo, con sobrias y elocuentes palabras, el compañero Antonio Ramos, presidente de la Agrupación, Seguidamente, Jiménez de Asùa pronunció el discurso cuyo texto íntegro insertamos a continuación.

Compañeras y compañeros: Agradezco a ustedes estos prematuros aplausos y, sobre todo, esta cena de confraternidad con que tanto me honran. Quiero también expresar mi reconocimiento al compañero Ramos por las palabras que han precedido a las mías. Yo también, como él, quiero dedicar, en vanguardia de las que pronuncia, el más emocionado recuerdo a Indalecio Prieto y a Rafael Fraile, unidos desde hace mucho tiempo por el destino, unidos ahora por el dolor y el compañerismo. Rafael Fraile es uno de esos hombres únicos. Es inevitable que cuando se vive en el exilio hayan surgido diferencias, rencillas, luchas y combates. A menudo he escuchado —últimamente de la boca de Vincent Auriol, en París—, lamentaciones por tanta divergencia. Hube de contestarle entonces oportunamente, e incluso a gritos, a pesar de que me hallaba en la Presidencia de la República francesa; pero esto que es evidente y que tiene fácil explicación, no se da en el caso de Rafael Fraile. Como he dicho antes, es un hombre excepcional. El trance en que se encuentra será superado y volverá pronto otra vez, con su ciencia y su paciencia, con su amor y su caridad, a poner bálsamo en las heridas de los enfermos y a poner también un poco de aceite para que las luchas no rechinen en demasía.

Aportación socialista a la República

Me parece oportunísimo que en esta hora hablemos nosotros, los socialistas, para hacer un balance de lo que hemos hecho en la República española.

Es frecuente escuchar aquí y acullá, en Francia, en el Norte de Africa, en la Argentina o en Méjico, críticas acerbas porque un buen día los socialistas españoles, refrendados abundantemente por el voto del Partido, decidimos intentarlo todo, siempre que fuera con honor, para volver a España. Se nos dijo que habíamos traicionado a la República, que éramos unos descreídos del porvenir, que no merecíamos, en suma, llamarnos refugiados en las diversas tierras de Europa o de América donde el espíritu de España peregrina. ¿Quieren ustedes recordar conmigo quién trajo la República? ¿Fueron los republicanos? ¿Quiénes eran los republicanos en sentido estricto? ¿Era el indecoroso Lerroux, que había pactado con la Monarquía y que había edificado una suntuosa casa en San Rafael? Cuando empezaron los tratos con los republicanos y hube yo de asistir a aquella suntuosa mansión que en la Sierra del Guadarrama tenía el susodicho don Alejandro, él mismo preguntaba si yo querría asistir a su casa. Tenía conciencia de su inmundicia y comprendía que un hombre pulcro no tenía lugar en la mansión aquella. (Muy bien). Don Alejandro Lerroux representaba a los republicanos. Y ningún republicano tenía fe en la posibilidad de conquistar la República, no creía en su ambiente; probablemente como a ningún astrónomo se le ocurriría ir a la luna porque sabe bien que no tiene atmósfera. Sólo un loco como el que inventó Julio Verne, aquel francés intelectual cocinero, fué capaz de meterse en la bala para ser disparado hacia el satélite.

¿Quiénes trajeron la República? Fueron los intelectuales de España, los obreros y los socialistas. Y aun aquellos socialistas que miraban con recelo universal no sólo a la República sino a los republicanos, como don Julián Besteiro, lo hacían justamente por amor a la misma República, porque desconfiaban de poner en manos de los republicanos una conquista tan limpia y democrática.

Pero ya vino la República española. ¿Quién la defendió? Cuando llegamos a aquel 1934 en que un republicano —un nuevo republicano, porque antes había sido monárquico y hasta ministro con el rey—, cuando un republicano decidió adulterar la República y llamar incluso al Poder a los que no habían jurado la Constitución, ¿quién se levantó para defender el régimen? Fuimos nosotros, los socialistas, muchos incluso sin fe en el éxito de la revolución; pero bastó que don Francisco Largo Caballero nos lo propusiera —yo recuerdo aquella sesión en que hablamos Prieto, Fernando de los Ríos y yo mismo— para que nos adscribiéramos a esa fórmula que en aquel instante un gran sector de nuestro Partido veía como única. Fuimos nosotros los que nos lanzamos a la calle, los que pusimos en peligro nuestras vidas, nuestros bienes, nuestra comodidad. ¿Y quiénes negaron precisamente esa revolución? No fuimos nosotros, los socialistas. Fueron los republicans quienes condenaron abiertamente, por el periódico y por la palabra, el acto de insubordinación.

¿Quién se sacrificó por la República? ¿Quién de ustedes no recuerda aquel Gobierno en que socialistas y republicanos declararon la Constitución española como Carta Magna, que hicieron las leyes, que establecieron la organización política y social del Estado español? Lo hicimos nosotros. ¿Pero qué aconteció? Aconteció que quienes hacíamos sacrificios éramos los socialistas. Aconteció un fenómeno curioso. Los republicanos —y esto acaso un psicoanalista lo vería muy claro— tenían tan poca fe en la República que habían afirmado que ésta, si venía, tendría que ser de derechas. Yo no sé si ustedes recuerdan, cuando iba la República a ser ya proclamada, cuando íbamos a realizar las famosas elecciones del día 12 de Abril, el discurso pronunciado por un republicano —no voy a citar nombres, pero en la memoria de muchos de ustedes inmediatamente estará no sólo el nombre, sino su apellido—, que afirmaba que la República tendría que ser de derechas y que esto casi era un bien. Les produjo estupor a los republicanos ver que las Cortes Constituyentes se llenaban de hombres de izquierdas y que los socialistas teníamos una mayoría realmente grande.

Defendimos la República con el máximo sacrificio. Teníamos nosotros, nunca a nuestra izquierda, pero sí detrás de nosotros tratando de empujarnos, a un partido que eligió como apellido el de socialista. Era un partido que se había formado en derredor de una mesa por unos cuantos hombres y que no tenía absolutamente ningún arraigo en la calle. Por eso, al revés que nosotros, no tenían nada que perder, todo tenían que ganarlo, y nos presentaban cada día, tanto en el Parlameto como fuera de él, una serie de problemas, muchos de ellos absolutamente demagógicos, contra los que nos veíamos obligados a luchar, como cuando trataban de proclamar la justicia gratuíta.

Nosotros defendimos la República. Y la defendimos haciéndonos muchas veces impopulares ante las masas. Yo estuve, cuando iba a finalizar el período de las primeras Cortes, en algunos lugares de Granada donde el socialismo había tenido enorme esplendor, y vi cómo, gentes que estaban doloridas porque no habían alcanzado el escaño de la diputación, habían maniobrado en tal forma, aprovechando con habilidad el dolor de las masas que se creían defraudadas, que lograron que muchos rompieran sus carnets socialistas.

Nos sacrificamos luego. Y he de recordar un sacrificio que para mí fué grandísimo y en el que quizá estuvo el germen de la guerra civil y de la derrota de la República. Nos sacrificamos, repito, hasta el extremo de que cuando el año 1936 España entera hervía en socialismo y sabíamos contar con una fuerza mayoritaria, como al mismo tiempo, y por algo que todos debemos lamentar, nuestro Partido se hallaba dividido por gala en dos y por ello no podía encargarse del Poder, fijamos nuestra esperanza en don Manuel Azaña. Y éste hubo de decirnos, de la manera más clara y abierta, algo que al pronto parecía lógico: «Si ustedes quieren que yo gobierne han de darme un instrumento de gobierno. Yo no puedo gobernar con una mayoría de recambio, es decir, con una mayoría que me prestaría sus votos de favor. Necesito tener hombres míos en el Parlamento». He de reconocer que entonces fuí yo el único socialista que protestó. La mayor parte de nuestros hombres más conspicuos reconocieron que don Manuel Azaña tenía razón. Yo hube de debatirme abiertamente contra esta tesis absurda y le hube de subrayar: «Mucho peor que gobernar con una mayoría que no era la suya lo era gobernar con una aparentemente suya, que no era suya de raíz, que era socialista». Y si repasáramos hoy la lista de aquellas Cortes veríamos que en Bilbao, y en aquel lado y en el otro, y en unos distritos chicos y en otros grandes, muchos republicanos, algunos eminentes y otros sin relieve, salieron con nuestros votos y que nosotros habíamos retirado a nuestros candidatos para que ellos pudieran salir.

¿Pero qué pasó entonces? Que los comunistas nos pidieron también auxilio y nos echaban en cara que ayudáramos a los republicanos y no lo hiciéramos a ellos. Y cediendo también torpemente a esa demanda, muchos de los candidatos comunistas salieron igualmente con nuestros votos. (Aplausos). Esto, para mí, es el mayor sacrificio que hicimos. El más grande y el más grave, y quizás el más torpe.

Cuando comenzaron los enemigos de la República a surgir desde lo más bajo y desde lo más alto, a la derecha, a la izquierda, en el frente y por detrás, cuando las conspiraciones militares bullían por doquier, ¿quiénes advertimos a los republicanos, sin figurar en el Gobierno, el peligro que había? Era Indalecio Prieto, era yo mismo quienes todos los días estábamos advirtiendo personalmente o al presidente de la República o a Santiago Casares Quiroga del peligro que existía. ¿Y qué nos contestaban? Que eran cuentos de miedo, que no era cierto nada de aquello, que ponían alarma en la vida española, pero que si era verdad que los militares se iban a levantar era mejor que nosotros nos acostáramos... No es ésta una frase que yo invente ahora. Saben ustedes bien por qué persona fué pronunciada.

¿Quiénes veíamos todo esto? Nosotros, los socialistas, ante la impopularidad de un gran sector español que nos consideraba como alarmistas y ponía en la boca de los republicanos españoles aquella estúpida frase de «cuentos de miedo».

Estalla la guerra. ¿Quienes defendieron la República con más ardor, con más denuedo, con más muertos? Nosotros, los socialistas.

¿Y todavía hay quien afirma que nosotros, los socialistas, hemos traicionado a la República? ¡Si la hemos defendido cuando nos la dejaban en la calle los propios republicanos que, por su nombre al menos, tenían más obligación de defenderla!

Llegó un momento en que era necesario, ya exilados, ya la República como una aspiración, pensar si la República podía renacer. ¿Y quiénes fueron los que realizaron los máximos sacrificios? Es verdad que se constituyó una Junta de Liberación y que no fueron solos socialistas los que la formaron. Es exacto. Pero, ¿quiénes fueron los que pusieron su influjo extraordinario, su máximo talento, algo que émana de ellos mismos y que quizá ellos mismos no tengan el mérito de poseer? ¿Quién fué el que en San Francisco convenció más? Fué, como todos sabéis, nuestro Indalecio Prieto el que hizo, y virtuosamente, sin saber los idiomas extranjeros, tales gestos, dijo tales palabras, que aun no conociendo sus oyentes el idioma en que las pronunciaba, convenció a todos.

Ultimamente, lo poco que ha sido posible obtener, ¿quién lo ha logrado? ¿Han sido los republicanos? Ciertamente que no. Ha sido Trifón Gómez, en constantes viajes que ha estado haciendo de París a Nueva York, quien puso de nuestra parte a las grandes masas obreras norteamericanas, a esos grandes sindicatos que han ido estorbando la acción de nuestros enemigos hasta que, por fin, no han podido estorbar más.

Claro es que nosotros, los socialistas, tenemos un concepto realista de las cosas y no nos podemos dejar engañar por apariencias ni consolarnos con fantasmas.

Las instituciones republicanas no debieron reconstituirse en el exilio

El año 1945 se reconstituyen en Méjico las llamadas instituciones republicanas. Yo no sé de dónde, ni sé tampoco porqué, había surgido en el ambiente y había llegado hasta las cumbres de las instituciones, la idea de que si se constituía una República, de que si se nombraba un presidente, de que si había unos ministros, todos los Estados de Europa y América nos iban a reconocer, porque estaban deseándolo ansiosamente. Yo no sé si entonces, de haber estado aquí, en Méjico, don Indalecio Prieto —y no estaba, porque padecía una grave enfermedad en Nueva York a consecuencia de una operación oftálmica—, no sé si de haber estado él aquí —y me atrevo a decir si hubiera estado yo—, se hubiesen reconstituído esas instituciones. Si iba a ser de urgente resultado nuestra llegada a España, si era verdad que íbamos a poder restituírnos a nuestro territorio, único lugar en que puede hacerse una política eficaz, era lógico que esperáramos a constituírlas entonces, porque la Junta de Liberación hubiera sido bastante, y de sobra, como instrumento para abrirnos las puertas de nuestra patria. Si había de tardarse más tiempo, reconstituír las instituciones equivalía a traicionar la Constitución en la cual se apoyaban, traicionar la Constitución que algunas veces ya había sido traicionada, pero que entonces lo era mucho más; porque aquel famoso artículo sobre el cual yo escribí para el Grupo Parlamentario Socialista, unas cuartillas técnicas, no solamente no se cumplía sino que se traicionaba.

Nuestra Constitución no tiene, en modo alguno, la Vicepresidencia de la República. Eso ha sido un error que yo no sé quién echó a rodar por el mundo. Yo me opuse a ello al hacer la Constitución, porque tenía la evidencia de lo que acontece en otros pueblos que tienen vicepresidente: que el único papel de éste es estar deseando la muerte del presidente para heredarle. (Aplausos).

No existía Vicepresidencia, ni tampoco Presidencia interina si vacaba la Presidencia por muerte, por renuncia o por destitución. Lo que para ese caso la Constitución disponía era que el presidente de las Cortes haría las veces de presidente de la República hasta tanto que se convocara una especie de areópago, que estaba perfectamente determinado en la Constitución, y eligiera nuevo presidente. Y como era imposible hacerlo, y como la única función del presidente de las Cortes al elevarse a la Presidencia era la de reunir a esos compromisarios y diputados, resultaba completamente inútil que elevàramos a la Presidencia a nadie, hubiese sido el más conspicuo o el más brillante. Esto lo vimos entonces los socialistas; pero era tal el ambiente que hervía, especialmente en Méjico, y probablemente por doquier donde hubiera refugiados, que necesitaban la esperanza de la vuelta a España, que haber dicho estas amargas verdades hubiera servido tal vez para que le señalaran a uno con el dedo como a hombre traidor. Pero quien dijo ya las palabras exactas, perfectamente medidas y determindas, fué nuestro Partido. Y las dijo por boca de Indalecio Prieto. No negó las instituciones que se formaban, pero hizo la reserva —por eso no se nos puede llamar jamás traidores— de que si un día las instituciones que se edificaban en Méjico llegaban a perder su savia, el Partido Socialista, que no quería secarse; que, por el contrario, estaba lleno de vitalidad, no respetaría estas instituciones secas. Esto se dijo en aquellas Cortes de 1945 que yo tuve... el honor de presidir. ¿Y qué aconteció? Aconteció lo que preveíamos. Europa estaba herida, llena de preocupaciones. América no mostró mayor entusiasmo por nuestra causa, salvo algunos países como Méjico, que ya nos había acogido con grande generosidad de su Gobierno y de su pueblo, Guatemala y Panamá. Y nada más. Y es de subrayar que ni siquiera uno de esos Estados que parecían amigos y que, en verdad, se consideraban poco menos que enfeudados a la República española —estoy aludiendo, como ustedes comprenden todos, a la URSS—, nos reconoció. Alegó simplemente que quizá nos hiciera un mal reconociéndonos; pero nos reconocieron todos sus criados, todos sus satélites. Y si nos hubiera hecho mal que nos reconociera el señor, mucho peor que nos reconocieran sus siervos. Pero es que había algo substancial. A la URSS no le interesaba que el problema español se solucionase. La URSS necesita que existan puntos de los que se acostumbra llamar neurálgicos con objeto de poder señalar constantemente críticas, como ahora mismo puede hacerlo, contra Norteamérica, cuando está Truman coqueteando con Franco. (Aplausos).

Nosotros veíamos, pues, cómo esas instituciones no ya se secaban, porque nunca estuvieron lozanas, sino que no florecían.

Los que mienten a sabiendas

Y era lógico que pensáramos en esto: ¿Qué nos quedaba? Había un dilema. Y era inevitable que agarráramos los dos cuernos del dilema para decidirnos por cual de ellos habíamos de dar nuestro esfuerzo. O nosotros, con un gesto muy romántico, nos aferrábamos a la bandera tricolor y afirmábamos que moríríamos envueltos en ella aquí, y dejando que nuestros hombres de España, los que penan y sufren, fueran poco a poco extinguiéndose también, o por el contrario intentábamos, como fuera, una solución honrosa al problema español. Es muy probable que el día de mañana, a muchos de los hombres que se han envuelto en la bandera tricolor y quieren morir en ella como sudario, se les pueda poner un epitafio que atestigüe su continuidad; pero el pueblo de España —ese pueblo en que mejor viven los ricos y en que peor viven los pobres, que es el perfil en que se condensa lo que hoy acontece en la España franquista—, es muy probable que los hombres de ese pueblo, los que peor viven, no nos perdonen el gesto romántico de envolver nuestro cuerpo en el recuerdo de la República y echarnos a morir. Pensando en ellos hicimos nosotros el esfuerzo de procurar una solución por doquier, siempre que fuera honrosa.

Sabíamos muy bien —ninguno de nosotros lo ignoraba porque no era desconocedor de la historia de España— que las fuerzas monárquicas eran raquíticas, que las fuerzas monárquicas liberales eran rarísimas.

La situación de España era clara. España, agobiada por problemas económicos, eliminada del concierto europeo, tenía que poner fatalmente en muchos de sus hombres, y especialmente en los hombres de armas, un recelo de que Franco, su director, la llevaba a la ruina. Si a estos hombres les dábamos la seguridad de que, arrojando a Franco por la ventana, no venía lo que se ha dado en llamar la segunda o la tercera vuelta, podían los que le sostienen dejarle caer. Esa era nuestra estrategia y no buscábamos otra cosa. Pero poníamos una condición máxima, una sola condición absolutamente firme que los republicanos han cuidado muy bien de ocultar: nosotros no aceptábamos jamás que el monarca montara a caballo, entrara en España y se proclamase como se proclamó su abuelo. Lo que exigíamos era que con un Gobierno neutral, e incluso vigilado por los más altos organismos internacionales, el pueblo español dijera su voluntad. Y estábamos dispuestos, si el pueblo español, como era nuestro pleno convencimiento, proclamaba la República, a batallar por ella como hemos batallado siempre; mas si el pueblo español hubiera dicho que prefería la Monarquía, nosotros hubiéramos ido también para, con nuestra palabra, con nuestro esfuerzo, convencerle de que estaba equivocado. Pero lo hubiéramos hecho sin levantar armas, o, por lo menos, sin levantar otras armas que las de nuestras voces y la de nuestra persuasión.

Esta era la posición socialista en su pacto con las derechas monárquicas y no otra. Quien diga que nosotros nos habíamos puesto en contacto con los monárquicos para apoyar a la Monarquía de una manera incondicional, miente; y miente del peor modo: a sabiendas. (Aplausos).

Los calumniadores

¡Cuántas críticas, cuántos dicterios, cuántos insultos y, lo que es peor, cuántas calumnias han caído sobre nuestros hombres y sobre el Partido en masa por esta actitud! ¿En qué consistía esa actitud? En que nosotros no podíamos considerar que la República estuviera restaurada porque se jugara a las crisis; por el hecho de que, cuando un señor presidente del Consejo de Ministros renunciaba, se llamara a consultas, como en los buenos tiempos en que estábamos en España, y fueran, con chistera o sin chistera, con boina o a pelo, unos cuantos hombres a aconsejar al señor presidente interino de la República —ya he dicho que no sé de dónde sacaron este adjetivo calificativo—, cuáles debieran ser los ministros que luego nombrara, y que hubiera unos subsecretarios, y hubiera hasta un cuarto militar como el que se nombró en 1945... Esto era jugar a la República y nosotros no queríamos jugar a la República. Nosotros queríamos que la República existiera; pero que existiera en España, que es donde únicamente pueden existir las instituciones políticas de un país: en el propio territorio.

Repito que los dicterios, las injurias, las calumnias, formaron legión. Se exigía demasiado cuando se nos pedía que aguantáramos mansamente. Porque se producía un fenómeno curioso. En tanto que públicamente se reconocía, como en el caso de Indalecio Prieto en la administración de los fondos de la JARE, que todos ustedes conocen, que los había pulquérrimamente administrado, en cartas particulares, en conversaciones privadas, de una manera subrepticia —procedimiento más eficaz que publicarlo en voz alta—, algunos republicanos afirmaban que éramos poco menos que unos estafadores, además de ser unos traidores. Lo hemos ido aguantando. Y cuando ya no estamos resueltos a aguantarlo más, ya he dicho qué ola de inmundicia trataba de lanzarse sobre nosotros.

Posición que hoy nos corresponde

¿Cuál debe ser nuestra posición? No nos ha gustado a los socialistas jugar nunca a nada. En nuestro Partido están proscritos los juegos de naipes. Lo que era juego y distracción, no existía. Por eso no queríamos jugar a la República. Queríamos y queremos, sí, esforzarnos en ganar a España, en ganar la democracia española. Porque a nosotros la República nos sonaba como una cosa, al fin y a la postre, superada. ¿Por qué? Ahora mismo a Franco, a pesar de todas las coqueterías que pueda tener con una futura Monarquía para que le herede cuando él muera, no le importa nada la Monarquía. A nosotros tampoco nos interesa ni nos importa. Sabemos muy bien que el pretendiente, si hubiese sido capaz de un poco de esfuerzo, si hubiese tenido un poco de valor, hubiera entrado él, sin socialistas y sin nadie, en España; hubiera llamado a sus huestes civiles y militares y hubiera intentado conquistar el trono. Pero se preocupa más de su situación económica, de cómo iban a educarse sus hijos, como un buen burgués. Nosotros sabemos que hoy la Monorquía está muerta, y no hablamos de ella.

Pero restablecer la República que fué, ¿tendría alguna ventaja? Nos la volverían a quitar en la primera encrucijada. Por eso no hablamos de República, porque sabemos que lo que haya en España será una República; pero algo más que una República como la pasada. Me atrevería a decir que no queremos el 14 de abril, sino el 15 de abril; por lo menos un paso más. Luchamos por algo que tenga más interés para nosotros, es decir, por un Estado absolutamente socialista. Un Estado socialista al modo de como debe ser el Estado español, o, mejor dicho, la nación española.

El mundo actual lo ven ustedes convulso por doquier. Si se exceptúa a Inglaterra, ningún país vive hoy un régimen auténticamente suyo. Esto se debe a que ya hemos superado totalmente las épocas de política literaria y, sobre todo, de copias de instituciones que nos parecían perfectas. Acaso uno de los hombres que más daño hizo a este respecto fué Montesquieu, uno de los más eminentes autores políticos que han existido en todos los tiempos. Porque Montesquieu se había enamorado de lo que llamaba la Consditución inglesa y quería que la Constitución británica imperara por doquier. Pero si nosotros tratamos de explorar qué es lo que fué lo que se ha llamado la Constitución inglesa, nos convenceremos de que esa Constitución no existe. Existe la costumbre. Por eso es por lo que es tan firme. Si ahora hay un rey que tiene unos ministros responsables es porque en una época hubo un rey tan extranjero que no sabía inglés, y para evitar que le traicionaran sus ministros se estableció la responsabilidad ministerial hace muchos años. Del mismo modo que generalmente se ignoraba por qué en un cuartel se paseaban centinelas por delante de un banco. Y era que hacía dos siglos el banco había sido pintado y pusieron guardia delante de él para evitar que alguien se sentara. Así se estableció la costumbre. Es esa la esencia del pueblo inglés. El pueblo inglés ha ido formando así sus instituciones. Cuando se habla de la libertad de los jueces se pone de ejemplo a Inglaterra; pero si nosotros dejamos a nuestros jueces la misma libertad, como los jueces están al servicio del Poder ejecutivo traicionarán al individuo. Esas instituciones funcionan muy bien donde nacieron, pero no donde se copiaron. Ni siquiera en Francia. La solución para nosotros no es otra cosa que extraer de nuestra propia esencia, de nuestra propia personalidad, el régimen que nos conviene. Yo he recordado muchas veces discursos violentísimos que se pronunciaron en las Constituyentes, maravillosos; y recuerdo cuántos aplausos arrancaba un orador que decía que había que constituír un Estado fuerte. Yo me horrorizaba, porque el Estado fuerte es el Estado autoritario, la dictadura; pero ¿quién se levantaba entonces, ante aquella tormenta de aplausos, a decir que aquel buen señor estaba equivocado? Porque el Estado es lo menos entrañable que hay. Lo entrañable es la nación, es decir, el organismo natural. El Estado se ha constituído hoy cada vez más hipertrófico; pero estamos todos convencidos de que el Estado es un mal. No son sólo los anarquistas los que dicen que el Estado desaparecerá. Cuando Stalin defendía la Constitución de 1936, luego de calificarlo como al Leviatán, dijo que en una época lejana el Estado tendría que desaparecer. Si hubiera dicho lo contrario, negaba el marxismo. Nosotros creemos que la hipertrofia del Estado es un mal.

Tenemos que buscar la esencia nuestra. Y por eso decía no ha mucho Indalecio Prieto, comentando un primoroso libro de Fernando de los Ríos —otra gran luminaria que se nos fué, pero que no se nos apagó, porque sus luces siguen iluminando nuestro camino—; preguntaba De los Ríos: «¿A dónde va el Estado?» Y contestaba, aparentemente con demasiada premura, Indalecio Prieto: «A su disgregación». Cierto, a su disgregación. El Estado ha hecho su ensayo hipertrófico y ha fracasado. Todavía sigue el Estado fuerte; porque hoy el Estado ha anulado en tal forma al individuo que incluso en aquellos países de gran libertad, como Norteamérica, ya el individuo no cuenta para nada; sólo cuentan los grupos.

Nosotros tenemos que volver a lo nuestro, a lo que fué cortado en Villalar, al municipio; tenemos que volver a la primera célula, que es la más individual, y a que el Municipio sea el que, agrupándose, llegue a constituír la esencia de la nación. No queremos más Estados fuertes. Ya hemos tenido muchos ensayos de ello. Lo que queremos es que los Municipios se defiendan por su propia naturaleza. Si hubiera habido autonomía de los municipios es muy probable que los militares no se hubiesen podido levantar, porque el Estado no hubiera podido mantener esa cabeza informe y uniformada que nos dió el tiro por la espalda. El Municipio con su sistema orgánico, con su régimen ejecutivo, algo que no hay que estar vigilando a cada hora; el Municipio con poder ejecutivo que se examine, como acontece en nuestro Partido, cada año y cuando haga falta, para saber si cumplió o no su menester.

Es así como tenemos que edificar nosotros nuestro régimen. Y así vemos cuán distantes nos hallamos del sistema republicano «ad hoc», de lo que hoy mantienen los llamados republicanos. Yo sé muy bien que todo esta sonará muy mal en sus oídos; que nos dirán que nosotros, los socialistas, estamos en pugna una vez más con la unidad de la emigración, con la unidad de los refugiados. ¿Pero de qué nos sirve presentar una unidad falsa, una unidad que no existe?

No hay nada más peligroso que las masas heterogéneas. Esas masas heterogéneas o son vencidas en el acto o realizan toda clase de disparates.

¿Cuál debe ser nuestra actitud hoy? Nuestra actitud, compañeros, es la del aislamiento, la de pensar que tenemos un deber que cumplir no sólo en el exilio sino para con España. Cada una de nuestras actitudes, de nuestros movimientos, no creáis que son baldíos. No hay nunca, jamás, derrota, aunque aparente, si ha quedado viva y subsistente la levadura de nuestra razón.

Hoy día —estoy convencido de ello— muchas de las gentes españolas, y algunas otras de las que ayudaron a los traidores de dentro y de fuera, están radicalmente convencidos de que los únicos que tienen razón son los que están fuera, que son los que mantienen el espíritu de España y han hecho por doquier lo que no se puede hacer allí. ¿Dónde hay una revista de psicoanálisis? Por un español está fundada en Buenos Aires. ¿Dónde hay tales o cuales instituciones? En Méjico, en otros países, en Francia. Hace muy poco tiempo me decía una muchacha uruguaya: «Ahí tiene usted a España brillando en todo. La primera actriz de Francia, una española: María Casares; el mejor pintor del mundo, un español: Picasso». ¿Quién es hoy el mejor psiquiatra? Un joven español que en París descuella extraordinariamente. El esfuerzo español se impone por doquier. ¿Y son franquistas que Franco haya mandado por el mundo para enaltecer el nombre de España? No, somos los que salimos de la Patria los que hemos prestigiado a ésta más que todos los franquistas españoles. (Ovación).

Por eso mismo nosotros los socialistas nos hemos sabido mantener unidos. Las disidencias que en nuestro Partido hubo no tienen importancia ninguna. Son, como diría yo, como los residuos de que se desprende todo cuerpo sano después de una buena alimentación. Esos residuos no cuentan, nada nos importan. Nosotros los socialistas seguimos firmes y unidos, nuestro Partido es nuestro Partido, no simulaciones que aquí quiera hacer uno y allá quieran hacer otros. Pues este Partido debe mantenerse él solo, aislado. No en guerra. Yo no sería partidario del insulto ni de la querella, siempre, claro, que no nos ataquen, porque la legítima defensa está grabada en los códigos, es una acción sagrada reconocida por todas las legislaciones, desde las más antiguas a las más modernas. Nosotros somos los socialistas epañoles que vivimos en el exilio, y mañana seremos los socialistas que estaremos en España, a la que nosotros trataremos de gobernar. ¿Que hagamos a veces alianzas? Es cierto, alianzas eventuales. Nos pueden interesar para entrar en España, para gobernar un instante determinado éste o aquel municipio. No la habíamos repugnado con los monárquicos para una empresa que podía representar la solución del problema de España. Tampoco la repugnaremos con nadie, si la causa de España la impone. Pero de eso a pretender que vayamos del brazo no ya con los que piensan de modo contrario a nosotros, sino de los que están dispuestos a injuriarnos, a calumniarnos por la espalda, ¡eso jamás! Nada de engaños, nada de mentiras. Nosotros tenemos un ideario, una posición clara, y no queremos otra vez, por alianzas, perjudicar nuestro porvenir y el porvenir de España. Porque nuestro porvenir es el de España. Todos los que vienen de allá dicen que se habla de tal o cual figura para decir de ella esto, aquello o lo de más allá; pero a quien los franquistas temen, a quien persiguen, a quienes se busca en la clandestinidad donde se encuentran, es al Partido Socialista, es a las Juventudes Socialistas, a la Unión General de Trabajadores, es a toda la estructura de nuestro Partido y de nuestras esencias. Por eso nosotros queremos recibir solos todo ese favor de la lucha. ¡Y tan solos! ¡Y tan solos! Porque, ¿en qué nos ayudó el mundo? Es verdad que la República española llegó en el momento que parecía más inoportuno a gentes que contemporizaban con las dictaduras, con los autoritarismos; cuando esas gentes inspiraban a Mussolini primero y luego a Hitler que levantaran una barrera contra la ambición soviética. Y nosotros, los socialistas españoles, queríamos nada menos que transformar las letras de la República no en un frontispicio falso, sino en una íntima realidad. Eso nadie nos lo perdonaba. «Esos locos españoles, perdidos ahí en el occidente de Europa —decían—, quieren nada menos que hacer una República socialista, socialista de verdad, no montada de un comunismo de fuerza sino de un socialismo democrático en que el individuo sea el que pueda llegar a exaltarse y brillar». El hombre sobre todo, ¡el hombre!, ¡el hombre!, ¡el hombre! (Muy bien. Aplausos).

Los que venden a España y los que la compran

He dicho antes que tan solos. ¿Qué nos aconteció? Nos aconteció que todo el mundo, poco a poco, nos fué primero negando ayuda, como con el famoso Comité de No-Intervención, cuando luchábamos por nuestra independencia y nuestra vida. Y ahora ¿qué ha pasado? Lo mismo. Ha pasado inexora-

(Termina en la tercera pág.)

Ante el peligro de guerra

Continuación de la primera página

tos que ya comienzan a hablar del feliz desencadenamiento de la guerra como único camino para una paz y una libertad definitivas. Eso nos dejaría en el cuerpo y en el alma cicatrices mucho más horribles de lo que suponen los defensores de la guerra preventiva. La relativamente fácil reconstrucción democrática de Rusia, que algunos optimistas describen, figura entre las más improbables consecuencias de la guerra que ellos definen... Bajo los auspicios del Comité Americano de Servicios Amistosos, un verdadero idealista, profundamente interesado por la libertad, arguyó que, siendo la guerra inevitable y esencial a la libertad, Norteamérica debería elegir el momento y dirigir un ultimatum en favor de los pueblos oprimidos, de los Estados satélites, o del desarme para, si fuese rechazado, emprender una guerra que elimine el poderío comunista. Esta teoría olvida el fracaso de las dos guerras mundiales —mucho menos terrible que lo sería el de la tercera— para traernos una paz duradera. Olvida también la desesperada oposición de Europa occidental a semejante invitación guerrera. Y soslaya los efectos de la guerra atómica sobre quienes la inicien. Cuando escuchaba al orador, comprendí bien cuán axiomática resulta que la nación que deliberadamente inicie la tercera guerra mundial, es la nación que más probablemente la perderá, y que solamente una guerra en respuesta a la agresión puede emprenderse por nosotros, los americanos, o por cualquier otro pueblo democrático deseoso de conservar la libertad, en defensa de la cual lucharíamos abiertamente».

Coincidencia de criterio —

NOS satisface copiar esos párrafos de Norman Thomas. Para él resulta axiomático que la nación que deliberadamente inicie la tercera guerra mundial es la que más probablemente la perderá. Para nosotros, también. Lo dijimos en un artículo —noviembre de 1949—, cuyo título, «Quien inicie la agresión, perderá la guerra», daba máxima rotundidad a nuestra aseveración, razonada del siguiente modo:

«¿Hay masa neutra respecto del magno conflicto en cierne? Enorme. Fórmanla inmensas muchedumbres que anhelan paz a todo trance, y puede ser decisiva. El resultado final de la conflagración no radicará en el superior poderío industrial y militar de un bando cualquiera, sean muchos o pocos los coadyuvantes, sino principalmente en la conducta, en tener razón... ¿Quién, a los ojos de la masa neutra, carecería de razón? El agresor. Consiguientemente, si otorgamos plena efectividad al factor psicológico de que tratamos, habrá de perder la guerra quien realmente inicie la agresión, que no podrá ser disimulada por propagandas artificiosas... La guerra preventiva, en virtud de sus desastrosísimos efectos, no sería aprobada por la masa neutra del mundo, ni aplaudida por los partidos democráticos de muchos países, ni justificada por grandes sectores de la propia población norteamericana, aunque todos condenen enérgicamente los ardides del Soviet para consolidarse y extenderse a base de esclavizar hombres mediante el terror y subyugar pueblos mediante la coacción... Las democracias, para defenderse —única circunstancia en que les sería lícita la guerra—, han de tremolar una bandera limpia, sin que su lema de libertad aparezca manchado con boñiga de dictaduras asociadas. Viendo suciedades de tal índole, serían muchos los que, dejando de creer en el lema, no seguirían la bandera».

Muy complacientemente registramos la coincidencia de nuestro criterio con el de Norman Thomas. Son idénticas nuestras palabras, pero las de Thomas revisten más autoridad, no solo por la mayor talla de quien las dice ahora, sino por tratarse de un norteamericano y pronunciarlas entre sus compatriotas, allà donde late soterrado el fuego imprudente de la guerra preventiva.

La bandera ensuciada

EN ese mismo artículo de fines del 49 dijimos que la guerra no se reduce a problemas de estrategia y que para hacerlo comprender convendría incorporar a los Estados Mayores secciones de Psicología, materia que no se enseña debidamente en las academias militares. Si les fuese bien enseñada a los preparadores y directores de guerras el Pentágono no habría inducido a pifia tan descomunal como el convenio con Franco, que significa una deslealtad de los Estados Unidos hacia cuantas naciones firmaron con ellos inicialmente el Pacto Atlántico. Los agraviados por la deslealtad la acusan en el repudio, más o menos expresivo, que a todos los signatarios, excepción hecha de Portugal, merece ese desatinado proyecto.

En el caso del convenio con España queda probadísimo que el auge de los armamentos ocasiona el apogeo del militarismo, porque el Pentágono concluyó predominando sobre el Congreso, el Departamento de Estado y la Casa Blanca, ofreciéndose el denigrante espectáculo de que hilos movidos desde aquel centro militar convirtieran a Mr. Truman en lamentable pelele haciéndole girar en dirección opuesta a la que señalaban sus palabras.

Tal yerro psicológico no solamente originará el divorcio del pueblo español respecto de Norteamérica, sino igualmente el desvío de los demás pueblos demócratas de Europa, y las consecuencias de esto no se miden con compases en cartas geográficas. El pacto Truman-Franco si llega a establecerse —y no hay trazas de desistimiento—, constituirá el mayor triunfo del Kremlin en la llamada guerra fría, triunfo conseguido sin sacrificar un hombre ni gastar un rublo. Recuérdese el famoso artículo de Léon Blum en «Le Populaire», de París —febrero de 1948—, cuando advirtió a los norteamericanos que si le ponían en trance de optar entre Stalin y Franco, él no optaría por Franco. Las palabras de Blum serán, llegado el momento, una consigna para todo el socialismo europeo. Desde luego, habrán de serlo para los socialistas españoles. Yo tengo proclamada ya mi absoluta conformidad con ellas. No se puede marchar detrás de una bandera ensuciada.

«Guerra preventiva» en España

VALE la pena echar por un camino de conjeturas para ver hasta dónde el pacto con Franco puede enlodar la bandera contra el comunismo.

Sin duda para hacer patente que no se ablandará por nada ni por nadie, el régimen franquista, acaba de montar tres grandes procesos en Barcelona, Sevilla y Coruña contra tres grupos de adversarios suyos, que la propaganda presenta al mundo como comunistas, no siéndolo.

El proceso de Barcelona lo remató el fusilamiento de cinco militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, colectividad rabiosamente anticomunista. ¿Se han hecho esas inmolaciones en holocausto del Congreso Eucarístico que próximamente se celebrará en la ciudad condal, ofrendándosele así las vidas de cinco infieles? Más parecen obedecer a un rasgo de bravuconería, a un gesto de chulapería sanguinaria, demostrativo de que Franco, dispuesto a concurrir al Congreso Eucarístico y a sacar de dicha solemnidad religiosa el provecho político que le brinda la coyuntura, bien medida, de celebrarse allí, no teme represalias de los trabajadores barceloneses, compañeros de las víctimas; eso se arregla con varios millares de detenciones previas.

Si la tercera conflagración mundial se aproximara y Franco apareciese en ella aliado a Norteamérica, ¡qué ocasión más maravillosa se le depararía para extirpar toda raíz de oposición a su régimen! Del mismo modo que ahora se han resucitado supuestos delitos antiguos para aprisionar y fusilar obreros, se resucitarían, a cientos de miles, viejos expedientes judiciales y policíacos para encarcelar y matar a cuentos ciudadanos —mejor diríamos ex ciudadanos— estuvieran enfrentados con el régimen, es decir a cuantos amen de veras la democracia, en nombre de la cual se quiere guerrear contra Rusia; a cuantos, por aspirar a ser de nuevo hombres libres, aborrecen la opresión. Los millares de demócratas bajo «condena condicional» o en «libertad vigilada» volverían a las cárceles. Ya han vuelto días atrás significados socialistas en varias provincias.

Y esa represión se encubriría poniendo a todas las víctimas el sambenito del comunismo para ahogar la protesta exterior, buscando el silencio cómplice de los Estados Unidos como potencia aliada. Sería otra «guerra preventiva» de carácter interno.

En noviembre de 1950, salí yo de Francia bajo propósito de poner en juego en América recursos e influencias para, si la guerra estallaba, salvar a los españoles antifascistas y anticomunistas refugiados en Francia, de cuya eliminación se encargarían allí los stalinianos apenas surgieran los disturbios con que el comunismo galo saludará la orden de movilización militar. Por cierto, que esta iniciativa mía coincidió con otra de determinadas organizaciones de socorro, angustiadas bajo igual preocupación.

Problema análogo, en proporciones inmensamente mayores, se plantea en España, donde los asesinos de demócratas serían falangistas en vez de comunistas. Pero el problema de España, por su magnitud, no podría resolverse, como se resolvería, aunque fuera parcial y mínimamente, el de Francia.

Hace tiempo, discurriendo sobre peligros inherentes a la guerra, formulamos esta trágica pregunta: si en España se produjeran sublevaciones contra Franco, ¿levantarían su vuelo los aviones yanquis para aplastarlas? Acaso no se encargaran del aplastamiento aviones decorados con las barras y las estrellas; pero lo harían otros que, sin este distintivo, aunque de igual procedencia, es decir, los que Norteamérica suministre a Franco, a pretexto de la lucha contra el stalinismo, pero primordialmente destinados a solidificar una tiranía tan repulsiva como la soviética.

Si no se llega a tales extremos, asistiremos cuando menos a una represión extremada a una «guerra preventiva» de exterminio en el interior de España, represión de la que constituyen carteles anunciadores los procesos de Barcelona, Sevilla y Coruña y las detenciones de socialistas excarcelados. ¿Se van a implicar los Estados Unidos en ella?

Más preguntas. Si Norteamérica desea únicamente utilizar a España como territorio estratégico y Franco se lo alquila, ¿por qué no se dispone a impedir el sacrificio de miles de hombres que el alquilador odia? ¿Cómo impedirlo? Amparando y costeando la salida de cuantos españoles quieran abandonar España. En la América libre hay naciones que los acogerían. A trece años de distancia de 1939, cuando cerca de medio millón de españoles se desparramaron por el mundo, solamente odios cainistas, bajunos, ultrareaccionarios, se atreven a negar lo provechosa que esa emigración ha sido para los países que la recibieron.

Procúrese que la bandera de la democracia no se cubra totalmente de cieno. Déjesenos seguir siendo demócratas a quienes siempre lo fuimos. En 1948 coincidimos con Léon Blum, en 1952 Norman Thomas coincide con nosotros... No se nos obligue a coincidir circunstancialmente con Stalin.

VOCES AUTORIZADAS

« Los Estados Unidos no están calificados para dirigir el mundo »

Londres (SIS). — En el curso de una reunión pública celebrada por los laboristas la semana pasada en Jarrow, Aneurin Bevan ha criticado vivamente la política exterior norteamericana.

«Yo estimo —dijo el orador— que Europa está en trance de cometer un error muy grave permitiendo que la dirección intelectual y moral del mundo la asuman los Estados Unidos de América, pues no creo que esta nación posea la experiencia, la sagacidad o la ponderación necesarias para dirigir el mundo en nuestra época. Y digo a mis amigos norteamericanos: Vuestra política económica y fiscal está a punto de ocasionar más mal que bien a la Europa occidental, tanto como no hubiera podido hacerlo el propio Stalin. Entiendo que una gran parte de la nación británica está de acuerdo conmigo para estimar que ya es hora de que se eleve alguna voz en los Consejos del mundo, no la de Norteamérica, demasiado dominada por el capitalismo y los financieros, tampoco la de Rusia, envenenada por años de frustración, sino la de los socialistas de Europa occidental, quienes saben hoy a dónde quieren ir y lo que quieren hacer.»

P.S.O.E.

REUNION DE LA COMISION EJECUTIVA

El miércoles 26 de marzo de 1952, se ha reunido la Comisión Ejecutiva

El compañero Barreiro informó del Pleno celebrado en Montluçon el 23 de marzo.

El compañero Dasi dió cuenta del acto celebrado por la SFIO en Roubaix en homenaje a la resistencia española.

Se examinaron comunicaciones de Unión Republicana y Federación de Deportados, acordándose los términos de las respuestas.

Se designa al compañero Pascual Tomás para que asista al Congreso de la Departamental de Orán.

Se designa al compañero Llopis para que asista a la reunión del Consejo General de la Internacional Socialista que se celebrará en Londres el 3 de abril.

Se designa al compañero Parera para que represente al Partido en el homenaje que la SFIO rendirá a Léon Blum el 30 de marzo.

La Comisión Ejecutiva examinó las nuevas informaciones recibidas acerca de la represión que se está llevando a cabo en España, adoptándose los acuerdos pertinentes.

ARGEL

Los domingos 9 y 16 de marzo se reunió la Agrupación Socialista en asamblea extraordinaria convocada para resolver sobre un dictamen de la Comisión local de Conflictos y tratar del Congreso departamental.

Por unanimidad, después de haberse procedido al examen de la Memoria correspondiente, fué aprobada la gestión de la C.E. departamental.

Se aprobaron diversas proposiciones para ser presentadas en dicho Congreso y fueron elegidos para integrar la delegación que representará a esta Agrupación en el mismo los compañeros Barona, Caballero, Reventlow, Candela y Sepúlveda. — A. C.

BLIDA

Celebró asamblea general nuestra Sección el 23 de marzo. Antes de entrar en el orden del día, se acordó constase en acta el sentimiento de esta Agrupación al cumplirse el sexto aniversario de la muerte de Francisco Largo Caballero, que fué ejemplo y maestro en nuestro Partido.

Quedaron aprobadas por unanimidad las cuentas y la gestión del Comité. Se procedió a la elección de nuevo Comité, siendo reelegidos los compañeros Antonio Sánchez, presidente; José de la Fuente, secretario, y Abelardo Colmenero, tesorero.

A continuación se celebró asamblea extraordinaria, dándose lectura de la Memoria que presenta el Comité departamental al VII Congreso. Se nombró delegado a este comicio al compañero José de la Fuente, al que, entre otras cosas, se le dió mandato de formular una proposición de reconocimiento hacia los socialistas belgas por el interés que demuestran en favor de nuestro pueblo. — J. F.

DECAZEVILLE

El domingo 23 de marzo se reunió en asamblea esta Agrupación, adoptándose por unanimidad, entre otros, el siguiente acuerdo: «Después de haber aplazado para la segunda quincena de abril el V Congreso ordinario del Partido en el exilio, la Comisión Ejecutiva apunta la idea de un nuevo aplazamiento para la primera decena de julio, según se desprende de la nota oficiosa publicada en EL SOCIALISTA con fecha 20 de marzo. Considerando que, tras el doble descalabro cosechado por el Partido en la ONU y en el Comité de Enlace, urge efectuar un examen de la situación política presente, al objeto de escoger aquella nueva orientación que nos permita continuar la lucha en mejores condiciones contra el régimen franquista, la asamblea general de la Agrupación Socialista de Decazeville se muestra disconforme con la idea de un tal largo aplazamiento del comicio nacional y pide a la Comisión Ejecutiva que, acelerando los preparativos, propicie la celebración del mismo a la mayor brevedad posible.»

Otras resoluciones tomadas en esta reunión han pasado a examen directo de la Ejecutiva.

ORLEANS

Se reunió con carácter ordinario nuestra Sección el 23 de marzo. Discutidos ampliamente todos los puntos del orden del día y conocida la Memoria del Comité departamental destinada al Pleno del PSOE del Loiret que se va a celebrar en esta ciudad el 6 de abril, se aprobó la cuota extraordinaria de 75 francos por afiliado establecida para gastos del V Congreso ordinario del Partido en el exilio. — M.

PAU

Las Secciones de Pau prosiguen su actividad regular. Los afiliados van cumpliendo con todas sus obligaciones. Los Comités locales se esfuerzan en procurar regularizar la situación de los raros compañeros atrasados en sus cotizaciones y recuerdan constantemente a todos la necesidad de aportar el máximo de ayuda, mensualmente, a los compañeros de España. Recordamos también, por medio de esta nota, a los compañeros del Partido que aun no han pagado la cuota especial de 75 francos para gastos de la Ejecutiva con motivo del próximo Congreso, que deben apresurarse a pagarla. Y deben ir pagando también, en una o varias veces, la cuota de 150 francos para el envío de delegado directo a dicho Congreso. La mayoría de los afiliados ha pagado ya dichas cuotas. Que sirva a los demás de recordatorio este llamamiento. — A.

U.G.T.

MARSELLA

El sábado día 5 de abril, a las 7 de la tarde en primera convocatoria y a las 7 y media en segunda, la Sección local de la UGT celebrará junta general extraordinaria para discutir el siguiente orden del día: 1) Elección de Mesa de discusión; 2) Lectura, discusión y aprobación, si procede, de la Memoria que presente el C.D. de la UGT al VI Congreso ordinario departamental de B. du Rh.; 3) Elección de delegados.

Presencia indispensable de todos los afiliados a la Sección Marsella.

En memoria de Largo Caballero

El domingo día 23 de marzo las Secciones locales de Pau se reunieron especialmente para honrar la memoria del inolvidable compañero Francisco Largo Caballero, con ocasión del VI aniversario de su muerte. Después de breves palabras de introducción, el secretario del C.D. del PSOE y del C.L. de la UGT leyó y comentó diversos escritos y discursos de Largo Caballero, así como algunos trabajos que otros compañeros le han dedicado a título póstumo. Haciendo resaltar que Largo Caballero fué el dirigente obrero español que mejor supo interpretar en cada momento de su intensa y fecunda labor la acción que se imponía a la clase trabajadora española, y quien por su táctica flexible y auténticamente revolucionaria representó más fielmente las esencias doctrinales y las aspiraciones de transformación social de las masas españolas, el comentador señaló la necesidad de inspirarse más acusadamente cada día en la tradición hondamente obrerista y netamente socialista con que marcaron a nuestras organizaciones sus hombres más relevantes, como Pablo Iglesias y Largo Caballero. Esto aparece más perentorio que nunca en estos tiempos de confusionismo de unos, de revisionismo de otros, de concesiones a los enemigos de clase por parte de ciertos Partidos hermanos, todo lo cual contribuye a desvincular el Socialismo de la clase obrera, admitiendo como principio el concepto de que el Socialismo debe servir de gerente honesto de la sociedad capitalista. Para nosotros siguen siendo válidos e intangibles los principios que Pablo Iglesias y Largo Caballero nos enseñaron y practicaron, según los cuales, cuando se va a los diferentes órganos que sirven de armazón y fundamento a la sociedad capitalista, es para mejor servir los intereses de la clase trabajadora y para desde ellos contribuir más eficazmente a la transformación completa de la sociedad, ya que sabemos que los intereses de los trabajadores se confunden con los del país y con los de la humanidad. Si las modalidades de actuación pueden ser varias, según los países y las contingenias, como Largo Caballero lo demostró, y si el camino que conduce al Socialismo es largo y sembrado de obstáculos de toda suerte, la experiencia nos enseña, sin embargo, que el adversario de clase no podrá ser eliminado más que mediante una adecuada capacitación de los cuadros políticos y sindicales de la clase trabajadora y mediante una acción resuelta de ésta tendente a la radical transformación del régimen económico y social existente. Por eso es conveniente y necesario estudiar las enseñanzas que se desprenden de la vida y de la obra ejemplares de Largo Caballero. - A

EL SOCIALISMO EN EL MUNDO

EN MEMORIA DE LEON BLUM

París (SIS). — El domingo 30 de marzo se realizó, en un ambiente de solemnidad el acto de la colocación de una placa conmemorativa de León Blum en la casa de París donde había nacido el ilustre finado, 151, rue Saint Denis, en 9 de abril de 1872.

Hubo una parte oral en la que intervinieron los compañeros de la SFIO André Le Troquer, vicepresidente de la Asamblea Nacional; el veterano Bracke (A. M. Desrousseaux); Mireille Osmin, secretario general de la Federación Socialista del Sena; Robert Verdier, director de «Le Populaire», y Charles Lussy, diputado del departamento de la Vaucluse y ex presidente del grupo parlamentario socialista.

Por la mañana, habían visitado la tumba de Blum, en Jouy-en-Rosas, delegaciones de las Federaciones del Sena y Sena y Oise, del Comité Director y de los grupos parlamentarios de la SFIO, así como de concejales de París, personal de «Le Populaire» y de la Agrupación de Veteranos del Partido.

Nuestro PSOE se adhirió oficialmente a estos actos, habiendo ostentado la representación de la Comisión Ejecutiva en los mismos el compañero Carlos Martínez Parera.

LOS SOCIALISTAS BELGAS PIDEN NUEVAS ELECCIONES

Bruselas (SIS). — Los días 22 y 23 de marzo celebró sus sesiones en la Casa del Pueblo de esta capital el 76 Congreso ordinario del Partido Socialista belga. Presidió las tareas Paul-Henri Spaak y actuó de vicepresidente la compañera Sirène Blieck.

Debatiéronse con el mayor interés, algunas veces con pasión, los principales puntos del orden del día, destacándose intervenciones de Max Buset, Anseele, Van Acker y Bracops.

Entre las resoluciones adoptadas figura una de política nacional en la cual se reclama la disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones generales, por estimarse que el Gobierno católico homogéneo actual, basado en una ligera mayoría parlamentaria, es incapaz de combatir él solo la gran crisis económica, financiera y social que atraviesa el país. Los puntos principales en que se fundamenta la moción aprobada son los grandes gastos militares, necesidad de nuevos impuestos, incapacidad del Gobierno clerical que pretende enderezar la situación financiera mediante impuestos indirectos que gravan más pesadamente sobre los pobres que sobre los ricos, financiamiento de las exportaciones con serias cargas para el Tesoro nacional, más de 20.000 millones de francos belgas de crédito a países extranjeros, agravación terrible del paro obrero (268.000 sin trabajo), inutilidad del servicio militar de veinticuatro meses, indulgencias escandalosas a favor de personajes que colaboraron con los alemanes cuando Bélgica fué vencida en la guerra.

Se acordó también reforzar la situación económica del Partido mediante la edición de tarjetas postales con la efigie de Louis de Brouckère, que se venderán a 10 francos belgas ejemplar, y el aumento de cotización ordinaria a partir de 1 enero 1953. Por otra parte, se hace un llamamiento para que los afiliados que puedan hagan donativos.

Quedaron elegidos miembros de la nueva Comisión Ejecutiva los compañeros siguientes: Bracops, Larock, Spaak, Leburton, Missiaen, Rolin, Huysmans, Collard, Van Acker, Vermeylen, Delloye, Merlot, Tielemans, Major, Thône, Parys, Spinoy y Vos. A propuesta de Spaak, el Congreso reeligió por aclamación a los compañeros Max Buset y Eduardo Anseele como presidente y vicepresidente, respectivamente, del Partido.

Dióse fin al gran comicio con un discurso de Spaak y una vibrante «Internacional» entonada por toda la concurrencia.

REUNION DEL CONSEJO DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

El Consejo general de la Internacional Socialista se reúne los días 3 al 5 de abril corriente en l Transport House, de Londres.

Entre los asuntos que se van a tratar figuran los siguientes: Informe de Secretaría sobre las actividades desarrolladas en 1951; informe financiero de 1951 y presupuesto-balance para 1952; examen de la situación internacional; a) actitud respecto a la ONU, b) problemas europeos, c) desenvolvimiento de la política en Asia; consecuencias económicas y sociales del rearme y reflejos sobre el nivel de vida de las poblaciones; lucha pro igualdad racial en Africa del Sur; conjunto de la organización socialista reconocida por la Internacional; próxima Conferencia del Consejo general; diversos.

Asiste en representación del PSOE su secretario general, compañero Rodolfo Llopis.

INGLATERRA

Londres (SIS). — En reunión privada celebrada por el grupo parlamentario laborista en una sala de la Cámara de los Comunes, después de aprobarse un nuevo reglamento concerniente a la disciplina interior del grupo, fué reelegido por unanimidad Clement Attlee como líder de la minoría laborista en el Parlamento.

CONFERENCIA DE SOCIALISTAS FRANCESES E INGLESES

París (SIS). — Durante dos días han celebrado reuniones en el domicilio social de la SFIO delegados del Partido Laborista británico y del Partido Socialista francés, para examinar conjuntamente los respectivos puntos de vista sobre los más importantes problemas internacionales de la actualidad: comunidad de defensa europea, estudio de la última nota soviética, cooperación para la unificación de Europa, rearme de Alemania.

El Labor estaba representado por Hugh Dalton, Morgan Phillips, Mark Hewisson, Wilfred Burke y Bàrbara Castle, y la SFIO por Guy Mollet, Salamon Grumbach, Gerard Jaquet, Daniel Mayer, Le Bail, Marceau Pivert, Pierre Commin, Georges Brutelle y Robert Pointillon.

Sobre Alemania, hubo unanimidad de oposición a la creación de un ejército alemán autónomo y en apreciar la necesidad de que se organizaran elecciones generales libres en aquel país. En cuanto al contenido de la nota soviética, se estimó que tiene puntos en que es indispensable mayor claridad, pero que hay un extremo positivo que merece ser retenido desde un principio, el que ofrece la posibilidad de entablar conversaciones para discutir ampliamente el problema general de Alemania.

Al término de las deliberaciones se decidió convocar en breve plazo una reunión conjunta de socialistas franceses, ingleses y alemanes, dando cuenta previamente a los militantes de los tres Partidos de las opiniones que por ingleses y franceses se han sustentado en esta Conferencia de París. Esta nueva reunión, tripartita, se celebrará probablemente en Alemania, y formularán oportunamente el orden del día para ella las Ejecutivas del Labour Party y de la SFIO.

CONFERENCIA SOCIALISTA EN ASIA

Rangoon (SIS). — Llegaron a esta capital de Birmania delegados de los Partidos Socialistas de Indonesia, Japón e India que han de participar en una Conferencia socialista del continente asiático.

El dirigente socialista birmano Kyaw Nyein les saludó en nombre de los correligionarios de su país, diciéndoles que los socialistas de Asia debían organizar una «tercera fuerza» que despejara la amenaza de una nueva guerra mundial. «América y Rusia —manifestó— se preparan para la guerra a pesar de que hablan mucho de paz. Los socialistas asiáticos podrían, rechazando la democracia capitalista y el totalitarismo comunista, formar una tercera fuerza basada en el Socialismo democrático.»

BALABANOFF Y SPAAK EN EE.UU.

Se encuentran en Norteamérica, en viaje de varias semanas, la veterana socialista, militante del Partido Socialista democrático italiano, compañera Angélica Balabanoff.

A fines de marzo embarcó en Le Havre para Nueva York el compañero Paul-Henri Spaak. Va a dar una «torunée» de conferencias en diversas Universidades norteamericanas. Momentos antes de salir, contestando a preguntas que le fueron formuladas por los periodistas sobre diversos problemas de actualidad, Spaak, con relación a la última nota de los Soviets, dijo: «Las proposiciones soviéticas son temiblemente hàbiles y es indispensable que la Europa occidental fije rápidamente su política cara a los problemas de Alemania.»

ITALIA

Roma (SIS). — Entre las numerosas nuevas afiliaciones registradas en el Partido Socialista Democrático Italiano figura la del profesor laureado de filisofía Federico Catapano, alcalde actual de la villa de Lizzano, en la provincia de Tarento Habíase dado de baja voluntariamente del partido comunista hace algún tiempo.

Ha ingresado también en el P. S.D.I. el concejal del pueblo de Vezzano, Tasin Guiseppe. Fué antes allí jefe de zona del partido comunista.

MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

LA CIOSL

Bruselas (SIS). — Los días 1 al 5 de julio próximo se reunirá en el Palast Schoneberg, de Berlín, el Consejo general de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres para despachar importantes problemas enunciados en un nutrido orden del día.

En esta oportunidad tendrán lugar en la misma capital varias otras importantes reuniones obreras: 1) de los Secretariados Profesionales Internacionales; 2) de especialistas de publicaciones sindicales; 3) de Comités consultivos regionales para la educación; 4) de Organizaciones generales regionales. (La expresión «regionales» concierne en los asuntos de la CIOSL a regiones del

CHECOSLOVAQUIA

Por primera vez tras una larga interrupción, el periódico sindical checoslovaco no autorizado «Svobodny Odborar» (Sindicalista libre) ha reaparecido. La oposición democrática clandestina que existe en los medios sindicales intervenidos por los comunistas publica en Checoslovaquia un boletín de seis páginas.

Este número contiene una «llamada a la acción» a todos los trabajadores checos para hacer de 1952 un año de resistencia a ultranza. Advierte que el mundo democrático no debiera subestimar la fuerza de la oposición en Checoslovaquia. El descontento contra el régimen es grande —señala—, pero la oposición no se engaña a sí misma en cuanto a las dificultades que representa conducir a las masas a una resistencia más activa. «Esto nos costará muchas víctimas —concluye diciendo— pero nuestro camino está trazado... y vamos a seguirlo.»

ACCIÓN JUVENIL SOCIALISTA

EL GRAN CAMPO INTERNACIONAL DE 1952

Jóvenes Socialistas de todos los países, ¡Viena os espera!

Como saben nuestros compañeros, la Unión Internacional de Juventudes Socialistas acordó en 1948 organizar un gran Campo internacional juvenil socialista cada dos años. En 1950 se organizó el Campo de Estocolmo, al que concurrieron más de 20.000 jóvenes socialistas. Una delegación de nuestra Federación tomó parte en el mismo y en las actividades que allí se desarrollaron. En 1952, el gran Campo internacional se organiza en la capital de Austria. Los organizadores, nuestros compañeros austriacos, esperan recibir a más de 15.000 jóvenes socialistas procedentes del mundo entero.

El Campo se instalará en la periferia de la gran ciudad en el bosque-parque de Viena, en el Centro de «Hörndlwald» —zona inglesa de ocupación—. Una línea de autobuses le unirá con la capital, previo un recorrido de 25 minutos. El Campo dispondrá de una gran sala de cine y de teatro, además de otras instalaciones de planta.

Fecha del Campo: Del 1 al 10 de julio de 1952.

Inscripciones: Para los participantes españoles, en la Federación de Juventudes Socialistas de España en el exilio —69, rue du Taur, Toulouse (Hte. Gnne.). En el momento de la inscripción el compañero recibirá un **pasaporte de Campo**, cuyo valor es de 350 francos si la inscripción se registra antes del 1 de abril de 1952. Las inscripciones registradas después de dicha fecha recibirán dicho pasaporte, que es obligatorio, previo pago de 525 francos.

Instalación: En tiendas de campaña. Los participantes que puedan aportar tiendas propias no pagarán derecho alguno de instalación. Los que tengan que utilizar las tiendas del Campo, abonarán una participación de 700 francos por los 10 días.

Alimentación: Los participantes que deseen adquirir individualmente y prepararse sus comidas, pueden hacerlo. No es obligado surtirse en el Campo. Los que deseen tomar sus comidas en los comedores del Campo podrán hacerlo mediante el pago de una participación de 3.150 francos, por los diez días.

La alimentación del Campo comprende el desayuno, comida y cena. El desayuno se servirá siempre en el Campo. La comida y la cena podrán tomarse en el Campo o en uno de los 20 restaurantes de Viena que se les señalará, mediante entrega de los tickets que, para estos efectos, se les remitirán.

Pasaportes individuales: Cada participante deberá hacer las gestiones pertinentes cerca de la Prefectura o Sub-Prefectura de su departamento de residencia habitual.

Con el fin de posibilitar las gestiones necesarias para la obtención del Titre d'Identité et de Voyage pour les réfugiés espagnols —que nos sirve de pasaporte para salir al extranjero—, los participantes recibirán de la Comisión Ejecutiva de la Federación un certificado de participación que podrán presentar a las autoridades correspondientes en apoyo de su petición de pasaporte.

Derechos de visado austriaco: El ministerio de Asuntos Exteriores de Austria, ha concedido que los derechos de petición de visado sean gratuitos para los participantes al Campo, y los derechos de visado se percibirán con una rebaja del 80 por ciento del precio normal, calculándose en unos 200 francos.

Programa del Campo:

1 de Julio: Llegada al Campo. Cena.
2 de Julio: Inauguración oficial del Campo.
3 de Julio: Iniciación de competiciones deportivas.
4 de Julio: Representación de «Las bodas de Fígaro», de Mozart, por el elenco de la Opera Nacional de Viena, en el parque del palacio de Schönbrunn.
5 de Julio: Manifestación internacional juvenil socialista ante la Alcaldía de Viena.
6 de Julio: Fiesta de las Naciones (en el Campo).
7 de Julio: Fin de las competiciones deportivas.
8 de Julio: Libre.
9 de Julio: Fiesta de clausura del Campo.
10 de Julio: Regreso de las delegaciones. Comida.

Este programa no recoge más que las líneas generales del programa; cada día se proyectarán cintas cinematográficas, se organizarán círculos de estudio, visitas a la ciudad y sus alrededores, juegos, folklore, etc. En posterior edición daremos, a medida que vayamos recibiendo nuevas informaciones, un resumen general del programa.

Los que estuvieron en el Campo de Viena en 1929: Nuestros compañeros austriacos desean tomar contacto con todos los compañeros españoles que participaron en el Campo internacional juvenil socialista celebrado en Viena en el año 1929. Nuestros compañeros deben difundir este deseo entre los compañeros del Partido para tratar de encontrar a participantes españoles a dicho Campo y poderlos señalar a la Federación de JJ.SS. de Austria.

Delegación española al Campo de Viena

La Federación se prepara a organizar cuanto se refiere a su delegación. Recordarán nuestros compañeros que al Campo internacional de Estocolmo concurrieron nueve compañeros españoles. El Campo internacional de Viena debe registrar una participación aun mayor, como prueba de nuestra vitalidad y nuestro sentido de cooperación internacional. Para ello, debemos todos hacer los esfuerzos necesarios, tanto de orden individual como colectivo. Por eso recomendamos a cuantos compañeros y simpatizantes deseen inscribirse para dicho Campo, nos lo señalen sin pérdida de tiempo; ahora podemos trabajar y prepararlo bien. Mas tarde correrán el riesgo de verse defraudados y no poder participar, pues las peticiones de visado debemos presentarlas en el Consulado de Austria, en París, dos meses antes, por lo menos a la fecha de salida de la delegación, es decir, el 30 de abril de 1952 a más tardar. Por consiguiente, todos los compañeros que tengan intención de ir a Viena, deberán inscribirse inmediatamente.

La Comisión Ejecutiva de la Federación ha estudiado los distintos aspectos que abarca semejante viaje, especialmente el que se refiere al medio de transporte que constituye la partida más importante en el presupuesto inicial. En efecto, el costo normal del viaje Toulouse-Viena (ida y vuelta) es de 14.192 francos y el importe de estancia en el Campo asciende a 4.200 francos; es decir, que un desplazamiento individual representa un desembolso de 18.392 francos. Habida cuenta del estudio realizado por la C.E. y ponderados los factores que pondrán en movimiento para asegurar su realización, la Comisión Ejecutiva fija el presupuesto de gastos, por participación individual, como sigue, sobre la base de que se reunan, por lo menos, 15 participantes y siendo Toulouse punto de partida, en **10.000 francos.**

La participación individual, mediante entrega de 10.000 francos, comprende el viaje (ida y vuelta) Toulouse-Viena, con billete colectivo, gastos de inscripción al Campo (pasaporte de Campo) y todos los gastos de estancia en el mismo durante los 10 días.

El presente presupuesto de participación individual será mantenido si se reunen 15 inscripciones. Unicamente podrán disfrutar de esta ventaja las VEINTE primeras inscripciones que sean registradas para el Campo internacional de Viena.

Queda reservada toda modificación que pudiera sernos impuesta por aumento de la carestía de vida en Francia o en Austria, aunque su incidencia no sería muy marcada.

¡Compañeros! Estudiad la posibilidad de participar en el gran campo internacional de Viena. Las Secciones deberán reunirse y tratar tan importante cuestión con el fin de conseguir sufragar la participación de compañeros o de ayudarles económicamente para tal fin a quienes estén dispuestos a aportar parte del importe de participación. En uno u otro caso, comunicad a la Comisión Ejecutiva, inmediatamente, las inscripciones en firme.

Conferencia de Jiménez de Asùa

Continuación de la segunda página

blemente lo mismo. A mí no me extraña nada —porque cuando un hombre quiere juzgar tiene que ponerse en la situación del otro—; a mí no me extraña nada que los norteamericanos, con su régimen mecánico, con su infantilismo, con su puerilidad, con su edad mental de doce o catorce años término medio, crean que la República española no interesa y que en cambio es mucho más fácil entenderse con un dictador. Claro que es mucho más fácil aparentemente. Si a Franco le dicen que tiene que vender a España, Franco la vende. Por eso la maldición a Franco tiene que estar bordada en todas las poesías, en todas las literaturas y en todos los sitios del mundo, no sólo porque fué un traidor a su patria y llamó a gentes extrañas para dominarla, para vencerla, sino porque después de todo aquel jubileo de España única, de España libre, de España independiente, después de todos aquellos arrebatos de decirnos a nosotros que habíamos vendido a España a las gentes de fuera, él la vende, y la vende por dinero, la vende para comprar su seguridad personal, la vende para poder seguir aherrojando al pueblo español, la vende para que, como dicen allí los pobres, que fueron los que perdieron la guerra, sigan pagándola. Y la va a vender en bloque, convirtiendo a España en un inmenso Gibraltar. Contra eso debían haber protestado todos los pueblos del mundo, si en el mundo existiera hoy conciencia; pero no existe. Yo he recordado muchas veces con estupor el caso de Jean Calás. Jean Calas era un pobre hugonote de Toulouse al que se acusó falsamente de haber dado muerte a su hijo. Se le acusa, se le juzga, se le mata. ¿Y qué hace entonces el mundo? El mundo entero le acusa. Y Voltaire, en aquel famoso «yo acuso», logró poner a toda Europa, a todos los pueblos civilizados, a todo el mundo, de su parte, levantando inmenso clamor porque se había cometido injusticia con un solo hombre. Hoy se ha cometido injusticia con todo un pueblo, que anda por el mundo con los ojos llenos de lágrimas puestos en la patria lejana, y nadie se conmueve. (Aplausos). Por el contrario, lo que se hace es pactar con Franco, con el traidor a su patria, porque es mucho más fácil comprar España a un dictador que comprársela a un pueblo libre. Se nos dirá que vamos a sentir xenofobia para el porvenir. Lo que hará España es encerrarse en sus ideales y pensar en la injusticia del mundo en torno. Por eso, junto a la maldición que hoy tenemos que escupir a Franco, tenemos que escupir otra también a todos los pueblos que realizan la infame y vil traición de vender a España o de comprarla. (Ovación).

Por eso, compañeros y amigos, sigamos como somos: como socialistas españoles. Solos aquí, solos allá; que ya dice el refrán que vale más solos que mal acompañados. Solos, para poder el día de mañana, no importa cuándo, vindicar a España. Digo no importa cuándo porque a nosotros, por lo mismo que tenemos un sentido universal de los problemas de la vida, nos da lo mismo que la conquistemos nosotros que otros socialistas hijos o nietos nuestros. La sembra de nuestro pensamiento se halla por todas partes. Hasta ese elegante doctor versátil siempre y siempre seductor para las damas, admite en un libro reciente, reconoce en un prólogo, que lo mejor de España somos los que estamos fuera, y que somos los que tenemos razón. Es posible que mañana nos lo niegue, porque su versatilidad —por algo se ha dedicado a estudiar los problemas feminoides— puede hacerle cambiar el día de mañana de pensamiento y de doctrina. Pero lo cierto es que en un chispazo de razón ha reconocido que lo que está fuera es lo mejor. Estamos fuera, cierto; y lo que queremos es que nuestros hijos no lo estén, que ganen otra vez a España. Por eso la mayor parte de las madres que aquí han traído a sus hijos pequeños y los cuales apenas recuerdan lo que España fué, se esfuerzan en que no olviden lo que es la patria. Yo he visto el esfuerzo de una mujer con una niña que apenas tiene ocho años reprendiéndola porque no pronunciaba correctamente la ce. Porque todos nosotros vivimos, con más o menos aparente resignación, agradecidos al lugar que nos acogió, pero todos añorando el paisaje español, sintiendo la necesidad de volver a lo nuestro, a nuestra Patria, a nuestro ambiente, convencidos como estamos de que España dió un ejemplo único, de que España es ejemplar y de que España es inmortal. (Larga ovación).

Director: Manuel ALBAR
69, Rue du Taur. — Toulouse
Tél. CApitole 25-22

EL SOCIALISTA

HEBDOMADAIRE

Administrador: Carlos MARTINEZ
31, Rue Général-Beuret, Paris (XV)
Tél. VAUgirard 56-85. C.C.P. 6.300-48

El rearme y la unidad de Alemania

Un punto de vista socialista sueco

Por Kaj Björk

Secretario internacional del **Partido Socialdemôcrata sueco**

El problema de la unificación y el rearme de Alemania es, sin duda, el más peliagudo de Europa y el que suscita consiguientemente más encontradas y apasionadas opiniones. Por eso le concedemos en nuestras columnas amplitud ilimitada con la inserción de trabajos cuyos autores, todos socialistas, examinan la cuestión destacando facetas diferentes, como lo hace Kaj Björk, secretario internacional del Partido Socialdemôcrata Sueco, en el artículo siguiente. El contraste de los criterios expuestos en unos y otros contribuirá, desde luego, a ilustrar el juicio de nuestros lectores.

LA proposición hecha por el ministro de Negocios Extranjeros de Suecia, Osten Unden, en las Naciones Unidas para que los cuatro grandes emprendan negociaciones sobre la celebración de elecciones libres en toda Alemania e informen a las Naciones Unidas en el plazo de un mes, fué hecha durante el intervalo entre las dos reuniones del Pacto Atlántico —la de Roma y la de Lisboa— y coincidió aproximadamente con la significativa dimisión de Paul-Henri Spaak de la presidencia del Consejo Europeo en vista de que la asamblea de Estrasburgo no logró mostrar suficiente entusiasmo por la declaración de los cuatro ministros de Negocios Extranjeros católicos.

La iniciativa sueca fué lanzada en un momento en que las naciones del Pacto Atlántico estaban haciendo frente a importantes decisiones. Esto explica la irritación de los americanos por lo que ellos consideran injustificable interferencia sueca. La proposición sueca no significaba, sin embargo, la recomendación de una especial solución del problema alemán. Trataba de una cuestión de procedimiento sobre la cual Suecia, como miembro de las Naciones Unidas, tenía que expresar sus puntos de vista. En opinión de la delegación sueca, la proposición original relativa a una comisión de encuesta carecía de todo sentido, dado que el problema podía solamente ser resuelto por acuerdo entre las cuatro potencias ocupantes. Mientras Suecia no intente jugar un papel activo en la solución del problema alemán los suecos pueden, por supuesto, expresar su opinión sobre las cuestiones pendientes en Europa.

La cuestión a decidir en un futuro próximo es la de si los Estados de Europa occidental pueden crear algo que merezca el nombre de ejército europeo. Si son capaces de hacerlo, la puerta de la unidad alemana estará cerrada durante un futuro que se puede predecir. Si fracasan en su intento, la política extranjera americana se verá empujada a una crisis en vísperas de las elecciones presidenciales. Son los políticos americanos los responsables de esta desgraciada situación. Pero los políticos europeos llevan también en ello su parte de responsabilidad.

Durante los últimos años, la política exterior americana ha sido influenciada por tres concepciones básicas. Primero, la desconfianza hacia los rusos ha llegado a ser tan profunda que los Estados Unidos tienen muy poca inclinación a intentar cualquier arreglo con Rusia hasta que las potencias del Pacto Atlántico hayan completado su programa de armamentos. En segundo lugar, los americanos creen que una de las mayores debilidades de Europa consiste en la incapacidad para seguir el brillante ejemplo de América e instituir los Estados Unidos de Europa. En tercer lugar, los Estados Unidos se hallan identificados con la idea de que una contribución alemana a la defensa de Europa occidental es indispensable.

La primera de estas tres ideas es mantenida mucho más fuertemente en los Estados Unidos que en Europa. La segunda ha sido sostenida por varios partidarios federalistas de Europa. La tercera fué aceptada con evidente mala gana por Europa occidental después de haber sido proclamada por los americanos. Las tres han jugado su parte en los recientes proyectos de un ejército europeo.

Cada una de estas tres ideas está expuesta a la crítica. La merecida desconfianza hacia los rusos es, por supuesto, notoria. Sin embargo, hay ciertos indicios de que éstos se muestran preocupados por el incesante rearme de las naciones occidentales, a tal punto que éste puede hacerles interesarse en arreglos limitados. En todo caso, no hay ningún motivo para negarse a examinar tales posibilidades.

Las dificultades de la tesis federalista son aún más fáciles de exponer. La debilidad de Europa se debe esencialmente a las desvastaciones de dos guerras y al fracaso de la mayor parte de las naciones europeas para adoptar una razonable política económica durante las pasadas décadas. Las dificultades para una federación modelada en la americana han sido grandemente subestimadas, como han sido sobrestimadas sus ventajas a corto plazo. El intento de establecer precipitadamente una federación europea puede muy bien conducir al caos y a una debilidad extrema. Un avance hacia una mayor integración está sometido a largo plazo y el resultado no puede, por ello, afectar al actual estado de decaimiento de Europa. Ni siquiera de un proyecto como el Plan Schuman puede esperarse que produzca ningún resultado decisivo en los próximos años, y eso a condición de que demuestre ser capaz de funcionamiento. Las más importantes tareas del proyecto inter-europeo se circunscriben a empeños tan modestos como la Unión Europea de Pagos o la progresiva reducción de tarifas. Las posibilidades de un rápido aumento en la producción y en el bienestar de Europa deben ser buscadas esencialmente en el plano nacional.

La idea de que el rearme alemán es necesario está íntimamente enlazada con la situación psicológica dominante en los Estados Unidos. Los americanos, se nos dice, no tienen el deseo de defender Europa occidental sobre el Elba, a menos de que los alemanes mismos tomen parte en esta defensa. Esta es, naturalmente, una advertencia impresionante para naciones tales como Dinamarca u Holanda, a las cuales daría poca tranquilidad el trazado de una línea de defensa a lo largo del Rhin, pero es también de naturaleza tal como para causar seria inquietud en Francia y en Inglaterra.

El caso de una contribución alemana en la defensa occidental descansa en consideraciones militares que los legos encuentran difíciles de juzgar. Pero si estamos exactamente informados, la tarea principal del Pacto Atlántico es la de establecer un cierto número de divisiones dentro de un período considerado como crítico a causa de la superioridad militar de los rusos. La longitud de ese período peca de arbitraria, basada como está en vagas especulaciones acerca de las probables reacciones de Rusia ante las distintas situaciones que se creen.

Mas, ¿por qué debería ser necesario que parte de esas divisiones estén integradas por alemanes? ¿No tienen los franceses, los ingleses, los belgas, los holandeses y los daneses el mismo vital interés que los alemanes en defender Europa tan lejos al Este como sea posible? ¿No se tratará de una simple conveniencia de los Estados Unidos? ¿Acaso no tienen hoy los estados miembros del Pacto Atlántico hombres suficientes para formar las deseadas divisiones si pueden serles suministrados los instructores y las armas? Es difícil admitir que la contestación a estas preguntas sea negativa. Porque comparadas con los esfuerzos de defensa de naciones tales como Suecia y Suiza, el número de divisiones esperadas de los estados atlánticos parece más bien modesto.

Otra cuestión es saber si el valor militar del reforzamiento del ejército francés no sería superior al de organizar las unidades alemanas. Parece difícil creer que la distribución de la ayuda militar americana —cuya extensión es determinada según el estado de espíritu del Congreso— entre un mayor número de naciones recipiendarias produciría mayores efectos militares que la concentración del esfuerzo en las más eficientes. ¿Es verdaderamente tan valiosa la experiencia de los antiguos generales nazis que deba ser a toda costa utilizada?

El riesgo de una contribución alemana a la defensa occidental parece pesar mucho más que sus ventajas. ¿Se cree realmente que las otras naciones occidentales europeas se negarían a aceptar su participación en la carga si los alemanes no participan en ella? La demostración de que no estamos en ese caso la da el hecho de que el anuncio de la contribución militar alemana haya producido tan profundo desasosiego en los pueblos de aquellas naciones.

No queda otro argumento que el peligro de que los Estados Unidos, convirtiéndose en aislacionistas y retirándose de Europa, sea tan grande que solamente mediante la entrega de armas a sus antiguos enemigos pueda ser compensado. Si esta es la opinión prevaleciente en los Estados Unidos, se debe principalmente a los políticos americanos, que plantearon la cuestión cuando podía y puede causar serias complicaciones. Ahora deben pagar las consecuencias, pero no solo ellos, sino también otros a quienes la cuestión afecta.

Por supuesto, hay que tener en cuenta las repercusiones sobre la propia Alemania. Recientemente, el Partido Socialdemócrata alemán ha aumentado su fuerza electoral de una manera casi sensacional, y el éxito parece deberse a la oposición del Partido al rearme. No es que los socialdemócratas sean incondicionalmente pacifistas. Pero apelan, con éxito, al resentimiento que existe contra las potencias ocupantes y al temor de la remilitarización. Si se celebran elecciones pronto, la política de Adenauer es probable que sufra una derrota.

Observadores extranjeros han descrito la diferencia entre Adenauer y Schumacher diciendo que Adenauer desea la integración de Alemania en la Europa occidental, en primer lugar, y, después, la unidad alemana, mientras que Schumacher da prioridad a la unidad alemana. Esta es indudablemente una superchería. Pero los socialdemócratas dan la impresión de estar más interesados en la unidad alemana que lo que puedan estarlo los demócratas cristianos, que tienen razón para temer a los votantes socialdemócratas de Alemania oriental en unas elecciones libres de toda Alemania. El interés del partido socialdemócrata por la unidad alemana no implica ninguna simpatía hacia los actuales dueños de la zona oriental. Por el contrario, nadie ha atacado al arbitrario régimen oriental más vehementemente que Schumacher.

Cuando Grotewohl hizo su oferta de mal augurio para la unidad de Alemania, fué el Partido Socialdemócrata quien pidió una definición más precisa del punto de vista de Alemania oriental, mientras Adenauer trataba de sabotear la cuestión. Los socialdemócratas se daban cuenta de que el anticipo ruso podía ser un falso movimiento calculado para confundir a la opinión de Alemania occidental. Pero no están convencidos de que esta sea toda la realidad.

Si la política de Adenauer logra éxito, los comunistas tendrán, más o menos, un monopolio de la idea de la unidad, lo cual puede tener tremendas repercusiones para el futuro de Alemania y de Europa. Si Schumacher toma la hegemonía, el camino hacia la unidad no quedará abierto tampoco. Pero en ese caso varias alternativas de acción se ofrecerían no solamente para Alemania occidental, sino también para las grandes potencias del Occidente.

Sin embargo, Schumacher no es popular entre los americanos. Las noticias y el servicio de información americanos han hecho todo lo posible para presentarlo como un fanático, como un nacionalista extremista, mientras Adenauer es el europeo sensato. Muchas de las expresiones de Schumacher no han ayudado a corregir esa impresión. No obstante, si dejamos a un lado el elemento táctico y oportunista de las proclamas socialdemócratas alemanas, no podemos dejar de admitir que, en problemas importantes, denotan un mayor realismo que las de Adenauer.

Schumacher tiene razón al afirmar que la política americana ha mostrado simpatía por las proposiciones francesas, pero probablemente se equivoca al atacar al Plan Schuman y al presunto ejército europeo so pretexto de que significarían la dominación francesa. Es más probable que más pronto o más tarde, la dominación alemana se hará sentir dentro de estas instituciones. Pero tal evolución será poco beneficiosa para Alemania o para Europa.

Por parte del lado francés es una ilusión creer que es posible atar a Alemania por medio de intrincados conciertos legales. Alemania jugará de nuevo su papel en Europa, y Francia no puede impedirlo. Sin embargo, parece realmente innecesario crear una situación en que los alemanes, en la forma que sea, van a ser metidos en un uniforme en una época en que la democracia alemana está lejos de estar estabilizada y en un momento en que los soldados alemanes pueden volver sus ojos hacia el Este, participen o no en un ejército europeo.

Si los argumentos expuestos en este artículo son consistentes, la cuestión del rearme alemán debería ser pospuesta, si es posible, hasta que el problema de la unidad alemana sea resuelto. De lo contrario, una situación explosiva extremamente peligrosa se crearía en el centro de Europa. Esta recomendación corre pareja con la actual política de los socialdemócratas alemanes, aun cuando esa política tiene, en parte, motivos diferentes.

Evidentemente, podemos preguntarnos si los rusos estarán nunca verdaderamente interesados en negociaciones acerca de la unidad alemana, a menos de que se les dén garantías concretas de que una Alemania unida permanecerá desarmada. Esta, en cambio, es una condición que las potencias occidentales no pueden aceptar mientras la presente tensión internacional continúe. Ni es probable que los alemanes mismos —y esto se aplica a la vez a los partidos de derecha y a los socialdemócratas— estuvieran dispuestos a consentir tales garantías. La idea de una Alemania «neutralizada» es expresamente rechazada por las potencias occidentales y por los mismos alemanes del Oeste por sospechar que se les daría a los rusos extraordinarias posibilidades de presión e infiltración. Estos temores, para un observador «neutral», parecen algo exagerados, pero deben ser tenidos en cuenta como un factor político.

Un acuerdo sobre la unidad alemana probablemente presupone una verdadera retirada rusa de Europa.

¿Cuáles son las circunstancias en que los rusos pudieran estar dispuestos a tal retirada? Posiblemente los aliados occidentales pudieran hacer concesiones en otros puntos que los rusos considerarían esenciales. Un ultimátum americano, después del rearme de Alemania occidental, difícilmente sería de ninguna utilidad. La única esperanza consiste en que las potencias opuestas concluyan un arreglo, protegiendo ambas partes sus verdaderos intereses. Pero podría suceder que ambas partes encuentren que están interesadas en terminar la divisón de Alemana. Los rusos, son, sin duda, lo suficientemente inteligentes para comprender que nunca obtendrán garantías concretas sobre el permanente desarme de Alemania, mientras que las potencias occidentales pueden llegar a la conclusión de que, en su propio interés, no necesitan apresurarse sobre la militarización de Alemania.

Estas son perspectivas vagas e inciertas. Pero una pesada responsabilidad recae sobre aquellos que cierran la puerta de un portazo sin esperar a ninguna evolución en la dirección apuntada.

Una lección de eficacia gubernamental

Tres momentos de León Blum

Por Edouard Depreux

HACE dos años que nos dejó, en plena lucidez intelectual, habiendo conservado intacta su prodigiosa facultad de adaptación a los problemas nuevos. En medio de las dificultades dramáticas en que nos debatimos, sus consejos nos hubieran sido más preciosos que nunca. La opinión socialista, la opinión francesa y la opinión internacional hubieran seguido con una atención apasionada la serie de artículos que habría consagrado en «Le Populaire» al ejército europeo y al rearme alemán.

Por dondequiera afluyen recuerdos a mi espíritu. Pienso en sus aniversarios de nacimiento durante los años malditos de la ocupación alemana, en momentos en que, más sereno aún que en 1936, había transformado su célula de la prisión en centro de la Resistencia y adonde, por intermedio de Renée Blum, de André Le Troquer o de Spanien le dirigíamos nosotros mensajes de afectuosa simpatía. Mi tarjeta de 1943 llegó demasiado tarde; acababa de ser deportado Blum à Alemania. Pienso en nuestra comida íntima, el 9 de abril de 1947, en el ministerio del Interior, con unos cuantos amigos que él apreciaba particularmente...

Me sublevo una vez más contra la leyenda de un León Blum demasiado inteligente, excesivamente sutil para ser, en el sentido pleno de la expresión, un hombre de acción, como si la vida política exigiese la mediocridad de corazón y de espíritu. El sobresalía, ciertamente, en comprender y en analizar. Verdad es, igualmente que, más que nadie, marcó su impronta a la República. He aquí tres ejemplos que podrán inspirar útiles meditaciones:

1. — Celebráronse elecciones el 28 de abril y el 3 de mayo de 1936. Dieron una mayoría de izquierda, con predominio socialista. El sábado 6 de junio se presentaba ante las Cámaras su Gobierno y definía su programa: el mismo que había sido sometido a los electores y fué aprobado por el sufragio universal, lo que constituía una novedad y una ruptura con la jurisprudencia anterior. El 13 de agosto, antes de leer el decreto de clausura, León Blum podía con legítimo orgullo establecer el balande de diez semanas de labor intensa y fecunda. Todo lo que se había prometido se había realizado: semana de cuarenta horas; contratos colectivos; vacaciones pagadas con billetes Lagrange; plan de grandes obras; nacionalización de la fabricación de armas de guerra; Oficina del Trigo; prolongación de la escolaridad de trece a catorce años; reforma del estatuto del Banco de Francia garantizando en su gestión la preponderancia de los intereses nacionales; primera revisión de los decretos-leyes Laval, de funesta memoria; medidas contra el fraude fiscal y la evasión de capitales; reorganización del seguro-crédito; oganización del mercado de los carbones; represión del alza ilícita; retiro de los obreros rumeros. En ningún momento de nuestra historia, después de las puraciones heroicas y trágicas de la Convención nacional o de la Comuna de París, se había legislado con semejante cadencia. La calidad del trabajo no era inferior a su cantidad. Los textos de ley eran breves, claros, fáciles de interpretar. En menos de dos meses y medio se había hecho más que durante los cincuenta años precedentes para mejorar de un modo duradero la situación de los trabajadores de las ciudades y del campo.

2. — El 8 de marzo de 1938, un Gabinete Chautemps presentaba su dimisión. El 11 de marzo, el ejército hitleriano marchaba sobre Viena y anexionaba Austria. El 12 de marzo León Blum era encargado por segunda vez de constituir Gobierno. Saliendo resueltamente de los caminos trillados, rompiendo con la rutina parlamentaria, se esforzó por hallar une solución audaz, a la medida de los peligros exteriores. Fué directamente a una reunión plenaria de los grupos de la oposición y propuso a sus más obstinados adversarios un Gobierno de unidad francesa del que ningún sector sería excluído. Provocó la admiración de gran número de sus interlocutores, convenciendo a unos y tropezando con la negativa de aquellos para quienes los prejuicios de clase valían más que el patriotismo. Tuvo a su alcance entonces la alternativa entre la renunciación y la plena afirmación de su programa. Optó por esta solución y planteó ante los conservadores impenitentes del Senado el problema de la República social en toda su amplitud.

3. — El tercer Gobierno Blum duró un mes (diciembre 1946-enero 1947). Contuvo el alza de los precios y trabajó con éxito por el acercamiento franco-británico.

Sé bien lo vano que resulta reconstruir la historia con hipótesis. No obstante, muchas veces he pensado en una conversación que León Blum, siendo presidente de este Gobierno homogéneo, tuvo con el general Leclerc, al que deseaba confiar el Alto Comisariado de Indochina ¿Quién osaría afirmar que si este proyecto hubiese sido ejecutado no reinaría hoy la paz sobre la base de la autonomía del Vietnam en el seno de la Unión Francesa? Volved a leer el bello artículo que León Blum consagró al gran militar de espíritu lúcido; os plantearéis con angustia esa cuestión.

León Blum no pensaba que para ser consagrado «hombre de Estado» había que renegar de sus amigos, de su Partido, de su doctrina. Igual que Jaurès, nos invitaba a la vez «a ir a lo ideal y a comprender lo real». Es ésta la doble enseñanza que desde más allá de la tumba sigue dándonos y a la cual querenos permanecer enteramente fieles.

CONTRA EL TERROR

Otro mitin antifranquista en París

París (SIS). — El 25 de marzo tuvo lugar en la Sala Wagram un nuevo mitin público, organizado esta vez por la «Asociación de Amigos de la República Española», contra el régimen de tiranía del general Franco en España y los procedimientos bárbaros a que recurre para seguir gobernando.

Todos los oradores eran personalidades descollantes de la política y del foro franceses, pertenecientes a diversos sectores democráticos. Presidió el acto el senador Gaston Chazette, e intervinieron pronunciando vibrantes discursos el abogado Moncorgé; el diputado socialista por Haute Garonne Achille Auban; el dirigente del Sindicato de la Enseñanza Georges Fontenis; el abogado Gaston Maurice; el diputado católico (MRP) por el departamento del Sena Joseph Dumas, y el diputado y ex ministro socialista Daniel Mayer.

Pusieron de relieve todos ellos las enormes taras morales y políticas de que adolece el régimen impuesto al pueblo español por el tirano Franco; hicieron consideraciones acerca de los recientes fusilamientos habidos en Barcelona de elementos de la oposición y sobre nuevos Consejos de Guerra que están en perspectiva para condenar a otros con motivo de las huelgas generales habidas el año pasado en Cataluña, Madrid y el País Vasco, e hicieron un llamamiento a todos los demócratas en general para impedir que ese oprobioso régimen sea admitido en ninguna de las instituciones del mundo libre y civilizado, así como para hacer todo lo posible por devolver al pueblo español la soberanía y las libertades que le fueron villanamente arrebatadas por el fascismo.

Una conferencia de André Philip

Problemas actuales de unión europea y del movimiento socialista

El ex ministro socialista francés André Philip pronunció en la Casa del Pueblo de Bruselas, bajo la égida de la organización de Estudiantes Socialistas de la Universidad Libre de aquella capital, una Conferencia acerca de los problemas actuales de Europa y de la estructura del movimiento obrero, disertación sumamente interesante de la cual damos a continuación unas ideas condensadas.

«En las afirmaciones de Marx — dijo el ilustre profesor— había la convicción de que el progreso técnico, que entrañaba la concentración industrial, debía contribuir a un acrecentamiento extraordinario de las clases obreras y de la miseria. Para él era fatal la agravación de la lucha de clases, y la instauración del Socialismo mediante un golpe de fuerza, también. Los hechos contradicen a Marx. El artesanado y el pequeño comercio han subsistido. Se ha desarrollado un artesanado especializado y la situación obrera ha mejorado, tendiéndose a cierta igualación de clases.

A medida que la situación material de la clase obrera mejora, tiene ésta tendencia a disociarse, sea en grupos profesionales rivales, sea en clase media anticapitalista, pero no socialista. De donde el hecho de que una transformación del sistema capitalista no puede ya depender solo de los obreros. Si el Socialismo debe interpretar el interés colectivo, tiene que apelar a grupos sociales cuyos intereses son diferentes. Grandes dificultades se plantean, pues, a la clase obrera: corporatismo, tecnocracia, etc. El Socialismo, tal como se hallaba en el pasado, está hoy desbordado.

Históricamente, los Partidos Socialistas inglés y escandinavo, que parecen haber sido los más eficaces, se han visto confundidos e impresionados por la crisis mundial de 1925. Puede decirse que toda su acción fué, a resultas de ello, únicamente práctica y precisa; se esforzó por evitar el retorno a un desequilibrio mundial siguiendo una voluntad de planificación y de nacionalización. Digamos que fué un gran descargo del Socialismo el conjunto de procederes de planificación flexible —diferentes del autoritarismo ruso— empleados por los ingleses y los escandinavos permitiendo la liberación del trabajador. Los socialistas han buscado, pues, un equilibrio económico sobre un plano **nacional**, y esto porque querían evitar una repetición de la crisis de 1925 y sus consecuencias desastrosas.

Pero el problema ha cambiado. No llegaremos más a una crisis mundial como la de 1925. Y de esto nos puede convencer un análisis de la economía americana, dueña absoluta de la economía europea. En efecto, la economía americana posee la notable flexibilidad de adaptar su consumo a las necesidades de su producción. Esta economía es, por consiguiente, fácilmente dirigible. El peligro de 1925 resulta ilusorio.

El Socialismo inglés, inactual en su negativa a participar en el problema colectivo de Europa, debe evolucionar. Pues están ocurriendo ciertas cosas muy importantes. Por ejemplo, la más pequeña variación de la producción americana implica consecuencias hasta diez veces mayores en nuestros días. (El conferenciante señala algunos curiosos casos). Igual sucede en nuestra economías nacionales, donde nos movemos a merced de las menores fluctuaciones. Este hecho entraña graves problemas doctrinales.

Actualmente, sólo los Estados Unidos pueden realizar una economía dirigida. El problema no consiste ya en una crisis mundial, sino en una catástrofe del conjunto de la **economías nacionales autónomas**. Nuestro programa actual no puede resistir un golpe semejante.

Si no se crea una economía de bloque europeo, vamos a la catástrofe. Si queremos trabajar por Europa, hay que llegar a un mercado europeo capaz de pesar en el plano internacional, como lo hacen los Estados Unidos. Es la única manera de defendernos. Esto supone también la constitución de un Banco de inversiones europeo que pueda otorgar créditos para realizar el equipamiento de las economías nacionales. De no proceder así, no hay salvación.

El Socialismo debe responder a los problemas del presente:

1) Debe mantener una de las ideas fundamentales de Marx, que es que el Socialismo va ligado al impulso de las fuerzas productivas. No es solo un esfuerzo para repartir las riquezas, debe también ser un esfuerzo para crear otras nuevas. Por esto, debe combatir toda forma de producción caduca (las economías nacionales).

2) En primer plano está la libertad obrera. Hay que liberar al hombre en el área del trabajo. El Socialismo opone, pues, **descentralización** democrática de las organizaciones obreras a las sociedades tecnocráticas.

3) El Socialismo es internacionalista, porque considerar los problemas en planos estrictamente locales es un modo de pensar reaccionario.

Hay que hacer inversiones en los países nuevos (Africa, Asia). El Socialismo debe sostener y defender una Banca pública de inversiones internacionales para salvar a los desgraciados, pues nuestro fin, a propósito de cada problema, es preguntarnos y ver dónde están los más explotados, donde están los más desventurados.

4) El Socialismo no está ligado al Estado nacional. No seamos prisioneros de nuestras victorias. Es necesario que afirmemos que el Socialismo está por encima de todos los marcos nacionales.

Europa debe ser ampliamente abierta y debe tender hacia la reconstitución del antiguo mercado mundial, lo que reharía el puente entre las grandes fracciones del mundo entero, geográficas o históricas.

Si queremos ser capaces de jugar un papel efectivo y hacer oír la voz de la razón, en estos momentos en que vientos de demencia soplan de todos lados, **contra y con los Estados Unidos**, es indispensable seamos capaces de organizarnos económica y políticamente por una Europa unificada que nos salvará de la próxima guerra.»

R. L.

Los certificados administrativos para los refugiados españoles

La oficina de refugiados españoles nos informa de que el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia ha tomado todas las disposiciones pertinentes para poder expedir a los refugiados los certificados administrativos, de uso corriente, que pudieran necesitar urgentemente.

Los interesados podrán dirigirse por correo a la oficina de refugiados, 7, rue Copernic, París XVI, o presentarse, tan sólo por las mañanas, en la oficina que funciona en la Dirección de Asuntos Administrativos y Sociales, 8, rue de Lillé, París VII.

Los servicios administrativos sólos aceptarán los certificados expedidos por el ministerio de Negocios Extranjeros.

Fuera de VALIJA

EL DICTADOR MENTECATO

SE ha publicado en París el voluminoso informe de la Comisión parlamentaria encargada de realizar una investigación sobre los sucesos políticos ocurridos en Francia desde 1933 hasta 1945, que constituyen los antecedentes y causas de la «débacle» francesa en la segunda guerra mundial. Se encuentran en la interesante publicación, junto a declaraciones que son modelo de lucidez —como la de León Blum—, otras que son modelo de memez —como la que el mariscal Petain prestó con referencia a la época en que ejerció su dictadura en Francia. Leyendo los juicios y confesiones del mariscal, se advierte claramente cuán fácil es hacer un dictador de un deficiente mental. El mariscal había asumido a la sazón plenos poderes para acabar con la República y llevar a su patria a la entrega sin honor, a la colaboración con el nazismo y el fascismo entonces triunfantes en Europa. Una propaganda a lo Gœbels había convertido al mariscal en un ídolo. En los escaparates de todas las tiendas de Francia se exhibía su retrato. Las formaciones juveniles de tipo fascista entonaban himnos al mariscal. Disponía éste arbitrariamente de vidas y haciendas en Francia. Con Hitler, Mussolini y Franco formaba el cuarteto de dictadores que había de implantar el «nuevo orden europeo». Las órdenes del mariscal no se discutían. Emanaban de la suprema sabiduría del dictador ungido como salvador de su patria...

Pues bien, ahora al leer su declaración ante la comisión parlamentaria, se ve perfectamente que el dictador se hallaba, cuando lo era, en perfecto estado de inconsciencia. Sus manifestaciones ante los parlamentarios franceses encargados de investigar acerca de unos hechos históricos son simplemente una serie de bobadas, de lugares comunes, de sandeces.

Un miembro de la comisión parlamentaria le pregunta, por ejemplo, por qué llamó por segunda vez al poder a Laval después de haber estado en desacuerdo con él, y el mariscal contesta: «Fué él mismo quien se llamó al poder». «Pero, usted era el jefe del Estado», tiene que replicarle su interlocutor.

En otro momento habla el mariscal de sus gestiones para evitar las «infamias» que los alemanes cometían en Francia. «A veces obtenía algún resultado, pero he de reconocer que no siempre —declara el mariscal—. O bien el resultado llegaba cuando las cosas estaban ya consumadas...»

Aquí reconoce que Hitler le engañaba, y allá que tenía la impresión de que sus gestiones no servían para nada... Cuando le hablan de que él ordenó detener a Mandel, a Reynaud, a Blum, el mariscal exclama: «Me llena usted de sorpresa. Es como si cayera de las nubes... ¿Cuándo he podido cometer yo esa torpeza?» Y al preguntarle por qué no dimitió antes de convertirse en el fantasmón que cubría todas aquellas infamias, el mariscal explica: «Eso es lo que yo quería hacer: presentar la dimisión... Pero ¿a quién presentársela? Voilà le problème!»

Problema, en efecto, tan disparatado como cada uno de los detalles de esta delirante declaración que parece preparada por un Bernard Shaw para su propia diversión. El dictador, el amo de Francia, podía hacerlo todo, menos una cosa: dimitir. Parar la bicicleta en que le habían montado.

Se dirá acaso que el mariscal chocheaba ya, cargado de años, cuando hizo esa declaración. Pero eso no es una excusa para la dictadura. Es, sin embargo, su explicación. En realidad un dictador chochea desde la infancia. Un dictador es, por principio, tonto de nacimiento. Cuando el tonto asciende a loco, resulta un Hitler. Y entonces le da por prender fuego al globo terraqueo. Pero lo cierto es que sólo en estado de memez, por creerse un ser providencial, se puede entregar un hombre al ejercicio de la dictadura. Los vivos que de ésta se aprovechan hacen crear al dictador mentecato que es un genio, y lo convierten en un mito, y exhiben por todas partes su retrato, y repiten su nombre en los himnos y en los saludos arrogantes:

—Maréchal, nous voilà!
—Heil Hitler!
—¡Franco, Franco, Franco!

La dictadura sustituye las ideas por los gritos. Gritar Franco tres veces seguidas evita pensar una sola vez. El dictador, por su parte, no oye razones, con lo cual no se encuentra en el trance de tener que razonar él. Simplemente oye su nombre repetido varias veces. Comprender el propio nombre está al alcance de cualquier idiota.

Todo ello explica que el mariscal fuese enviado como embajador cerca del generalísimo. Sabíase ya que entre los dos milites había una perfecta identidad de mentecatez, un igual vacío cerebral. No era una comunidad guerrera lo que los unía —sus relaciones profesionales habían sido en realidad casi inexistentes y ambos las exageraron intencionadamente—, sino una comunidad en esa tontería específica y fundamental que distingue de los simples mortales a los hombres que se creen salvadores de su patria.

Hoy tenemos ya la declaración del mariscal, en la que se nos ofrece un perfecto ejemplo de memez. Algún día conoceremos también declaraciones o confesiones de Franco, hoy aún inéditas, y nos asombraremos de su falta absoluta de inteligencia, de su mentecatez total, de su tontería transcendental. Tonto cruel, tonto feroz, pero tonto, con tontería congénita de dictador. Algún día se le preguntará a Franco por qué ordenó matar a miles y miles de españoles, y exclamará:

—¡Me llena usted de asombro! Pero ¡si eso es como si cayera de las nubes!

¡Horrible tragedia de España! Sobre el tremendo drama de los pueblos y de los hogares, sobre el dolor de las cárceles y el silencio de los cementerios, sobre la patria ensangrentada y mártir se eleva ese inmenso monumento de tontería, de mentecatez integral que es un dictador.

Himnos y gritos, halagos y bajezas, ditirambos y charangas ocultan la sandez fundamental del dictador, mientras lo es. Las voces de «¡Franco, Franco, Franco!» cubren el silencio asnal del protagonista. Pero un día —en el caso del generalísimo como en el del mariscal— se desploma el espantajo y queda desnuda, pura, infinita, la mentecatez del dictador. — V.

Garantías franquistas

NOS interesa establecer, para facilitar el trabajo de futuros historiadores, la íntima relación que existe entre dos hechos producidos a gran distancia el uno del otro. Constituye, uno, toda esa serie de manifestaciones contradictorias formuladas por los hombres que dicen gobernar en Estados Unidos, declaraciones que unas veces son un «sí» temboloso y otras un «no» rotundo a las peticiones angustiosas que mendiga Franco para poder sostenerse en el trono de El Pardo. Esta guerra fría ha terminado por poner nervioso al generalísimo de todas las Españas, quien no llega a comprender cómo los norteamericanos sienten escrúpulos ante el «momio» que les ofrece al venderles, por unas talegas de monedas, montañas, valles, prados o puertos de la soleada tierra española.

El otro hecho, doloroso y sangrante, nuevo desafío del enano y trípudo dictador a ese mundo que habla de libertades y derechos del hombre, es el asesinato en Barcelona de cinco afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo. Claro que para Franco carecen de valor cinco vidas más o menos. A la larga lista de asesinatos que constituye su obra de hacer una España grande, lista en la que figuran nombres de republicanos, socialistas, católicos, masones, cenetistas y algún que otro comunista, cinco nombres más apenas alteran volumen. Es más, si con estas cinco vidas no logra la finalidad que se propuso, con la misma tranquilidad ordenará que se sacrifiquen cincuenta, quinientos o un millón.

Y es porque Franco se ha llegado a plantear la terrible duda de si el remilgo de los norteamericanos en no formalizar el negocio estriba en suponer que él no sigue siendo el amo de España. Ante esa inquietud nació su determinación de realizar la demostración terminante que ha costado la vida a cinco sindicalistas. Pero con ello no existirá ningún género de duda en Mr. Truman de que Franco sigue siendo el mismo siempre. ¡Ah!, y de que se encuentra en excelente disposición para dar al régimen franquista unos tintes democráticos.

Esas cinco vidas destrozadas en Barcelona son como una garantía anticipada que da Franco ante la oferta hecha por Mr. Acheson de que el nuevo embajador norteamericano lleva instrucciones para formalizar el negocio, que más parece trato entre chalanes y bandidos. Pero, por si era necesario, ahí está sangrando esa garantía para demostrar a la Casa Blanca y a todas las casas «bien» que el Caudillísimo sigue disponiendo de vidas y haciendas españolas y que, de postre, se coloca al mundo por montera.

Después de consumado el crimen, el Caudillo de la «gracia de Dios» habrá respirado tranquilo, y, satisfecho, se habrá fundido en íntimo abrazo con la Divina Providencia que tiene para su uso particular, y la Santa Madre Iglesia, insensible ante las cosas terrenales, habrá continuado rezando sus latinajos para que Dios acoja en su seno a los que sienten hambre y sed de justicia.

Puede que Mr. Truman se haya creído obligado a ofrendar unas masónicas violetas a la Santa Democracia. Acaso los hombres que dicen luchar por el respeto de los derechos humanos por la libertad de los pueblos y de los trabajadores reunidos en todos esos organismos de diversos anagramas, hagan constar en acta su más enérgica protesta contra el régimen franquista. Lo que no admite duda es que en el Kremlin ha resonado una estruendosa carcajada.

Luis GONZALEZ ROMERA

UN PERIODICO PARA JOVENES

Ha aparecido el primer numero de «Jeunesse d'Europe», portavoz de la «Campaña Europea de la Juventud». Contiene artículos de Denis Rougement, André Philip, J. Moreau, Bruno Nardini, etc., y una extensa información sobre actividades europeístas.

Este nuevo periódico será enviado a los que en su calidad de dirigentes (nacionales o departamentales) de las juventudes españolas en el exilio lo soliciten a: «Campagne Européenne de la Jeunesse» 82, Avenue Marceau, París (VIII).

Imprimerie Spéciale de
EL SOCIALISTA
Gérant: R. DONAS
30, rue Sainte - Marseille